

ORBITA MORTAL

glenn parrish

CIENCIA FICCION

GLENN PARRISH

ÓRBITA MORTAL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 310
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES –
CARACAS - MEXICO

ISBN S4-02-02525-0
Depósito legal: B. 22.357 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1-ª edición: julio, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Ella era una hermosa mujer, de grandes y rasgados ojos y frondosa cabellera negra, como ala de cuervo, cuyo artístico peinado se había deshecho por completo a causa del inesperado ataque de que había sido objeto.

Cuando Alban Katz la vio, ella forcejeaba con dos sujetos, cuyas intenciones, por lo menos, no eran amistosas. Aunque en la capital solía reinar la tranquilidad, incluso a las horas más intempestivas, nunca faltaban desaprensivos que pretendían aprovecharse de paseantes solitarios.

Faltaba poco para amanecer y la casa de la que Katz acababa de salir estaba a muy poca distancia del Grand West Park. Prudente y discreto, Katz había dejado estacionado su aeromóvil al otro lado del parque. Por eso vio a la mujer, ya que tenía que cruzar la amplia extensión de zona verde para llegar a su vehículo.

La capa de la mujer estaba en el suelo. Debajo, sobre un cuerpo escultural, había muy poca ropa y, además, rasgada en parte.

Katz contempló la escena en silencio durante unos instantes. Ella era o parecía muy fuerte, a pesar de su esbeltez, pero no sabía luchar. En cuanto a sus asaltantes o eran novatos, cosa poco probable, dada la hora, o tampoco acababan de dar con la fórmula adecuada para conseguir sus propósitos.

De pronto, uno de los atacantes lanzó una colérica exclamación:

—Nidd, tenemos que acabar esto de una maldita vez.

—Sí, dale ya —contestó el otro.

Katz frunció el ceño. Aquello, pensó, eran palabras mayores.

Algo centelleó en la mano de uno de los atacantes. Katz se decidió a intervenir.

—Un momento —exclamó.

Los dos atacantes y la joven se volvieron hacia él, sorprendidos. Ella dijo:

—Ayúdeme, por favor…

—Si, señorita, al momento —sonrió Katz—. Caballeros —se dirigió a los asaltantes—, ¿han satisfecho ya su licencia municipal para poder robar a las cinco y treinta de la mañana?

Los dos hombres se quedaron como si vieran visiones.

—¿Licencia para robar? —dijo uno de ellos, sorprendido.

—Claro —sonrió Katz—. Hay que pagar impuestos para todo; es la ley, amiguitos.

—La ley te la voy a dar yo a ti en… —dijo el de la navaja, a la vez que avanzaba hacia el que consideraba un indeseable entrometido.

Su compañero se situó tras la joven, sujetándola por los

desnudos brazos. Katz aguardó a pie firme la acometida del rufián.

La navaja partió como una centella en busca de una garganta humana. Pero lo que encontró fue un pie.

El ladrón se quedó atónito al ver que Katz se elevaba casi dos metros en el aire. Los pies de Katz hicieron una fulgurante tijereta. Una muñeca crujió horriblemente al ser fracturada por aquel golpe irresistible y su dueño cayó de rodillas, sujetándose el miembro dañado con la otra mano y olvidado ya por completo de sus proyectos respecto a las joyas de la mujer.

El otro soltó a su presa y sacó una pistola. Katz reconoció el arma inmediatamente.

Disparaba balas eléctricas, pero no simplemente paralizadoras, sino mortíferas, debido a la elevada tensión de que estaban provistas. Katz se agachó una fracción de segundo, antes de que se hiciera el primer disparo y, antes de que el sujeto pudiera repetir su acción, agarró su brazo derecho y lo dobló hacia adentro.

E! arma se disparó. Un cuerpo humano se convulsionó horriblemente. Luego, desmadejado, cayó al suelo.

El otro, aterrado, huía trastabillando. Katz decidió que no valía la pena ocuparse más de él.

Ya había algo de luz. Sonriente, se enfrentó con la bella desconocida.

Ella le miró también. Aún había temor en sus hermosos ojos.

—No sé cómo darle las gracias, señor…

Katz contempló un instante el valioso medallón que, pendiente de una cadena de oro, estaba suspendido sobre el pecho de la joven. Uno de sus senos había quedado casi al descubierto, rasgada la tela que lo cubría en el transcurso del brutal ataque de que había sido víctima, pero ella no parecía haberse dado cuenta del detalle.

Galante, Katz se inclinó, recogió la capa y cubrió el semidesnudo cuerpo de la joven.

—A estas horas, todavía hace un poco de fresco —sonrió.

Ella se estremeció levemente.

—Su intervención ha sido muy oportuna —manifestó—. Pero ese hombre…

Katz concedió una fugaz mirada al cuerpo que yacía en el suelo, hecho un ovillo.

—Él se lo buscó —repuso, indiferente—. Por cierto, me llamo Alban Katz —se presentó.

—Lys Zain —dijo la joven, envuelta ya en la capa.

—Señora, no está en mi ánimo entrometerme en sus asuntos, pero ¿qué hacía usted por este lugar tan solitario a estas horas de la mañana?

—Estaba algo inquieta… No tenía sueño… y decidí que un paseo

podría quizá templar mis nervios. Me hospedo en el hotel Amaltea...

Sí, estaba cerca del parque, admitió Katz mentalmente.

—La acompañaré —dijo.

—No se moleste, muchas gracias. Pero ¿no tendrá usted complicaciones a causa de ese cadáver?

Katz rió suavemente.

—Ninguna, señora —contestó.

Lys hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó. Katz se quedó mirándola, completamente embobado. Había pasado buena parte de su tiempo con una dama, la que, comparada con la bella desconocida, resultaba un monstruo de fealdad.

—Pero ¿qué gustos tengo yo? —se lamentó.

Porque, después de haber visto a Lys Zain, las demás mujeres le parecían horribles.

Curiosamente, y con harto dolor por su parte, ya no volvería a verla.

Al día siguiente llamó al Amaltea. En recepción, muy amablemente, le contestaron que la señorita Zain había partido de viaje, sin dejar dirección.

* * *

—Y ésta es la situación, mi querido amigo —dijo Nee-Noo, embajador extraordinario y plenipotenciario, pero secreto, de Stallion y sus Seis Sistemas Solares.

Ricardo de Val, Coordinador Supremo de la Inteligencia Solar, asintió con un cortés movimiento de cabeza.

Lo que le había dicho su visitante, enviado por el propio presidente del Sistema Solar, le parecía una enorme fantasía, concebida por un cerebro delirante. Pero Stallion no desplazaba a un embajador secreto por una fruslería.

Más aún: hasta donde De Val tenía noticias, Nee-Noo era el primer enviado stallioniano de tales características.

—Muy bien —dijo—. Admito la existencia de ese peligro. Pero ¿por qué hemos de ser precisamente los terrestres quienes lo solucionemos? Por lo que he oído, Taxur está todavía a ocho años luz de la Tierra. Incluso se halla en el interior de su quinto sistema solar...

—La órbita de Taxur es diametralmente opuesta —contestó Nee-Noo—. Eso significa que el sistema solar de ustedes se encuentra entre Taxur y nosotros. El Primer Consejo de Gobierno de Stallion decidió enviarme a avisarles del peligro que corren. El sistema solar tardaría, es cierto, años en desequilibrarse, pero, a la larga, ese desequilibrio alcanzaría también a Stallion.

—De la misma forma que se expanden las ondas provocadas por

la caída de una piedra en un charco de agua.

—Exactamente.

—Y sólo hay una persona que conozca la forma de parar a Taxur —murmuró De Val pensativamente, mientras contemplaba la movifoto que le había entregado su visitante.

—De la cual, por cierto, sólo conocemos dos datos: su nombre y el lugar donde fue vista por última vez.

—Hace ya seis meses, si no he oído mal —musitó De Val—. Bien, no sé qué podremos hacer..., pero lo atentaremos todo.

—Ustedes tienen personal muy eficiente —sonrió Nee-Noo—. Por supuesto, no es mi intención entrometerme en su manera de llevar cierta clase de asuntos, pero si estuviese en su lugar, enviaría a un solo hombre.

Ricardo de Val guardó silencio durante unos momentos. Luego, al cabo, miró a su visitante.

—Enviaré a uno de mis mejores agentes y le tendré al corriente de nuestras investigaciones —declaró.

Nee-Noo se puso en pie.

—Esta es una operación a muy largo plazo, pero si no empezamos inmediatamente, dentro de pocos años, en el sistema solar se iniciará un período de destrucción total, el cual se propagará a Stallion inexorablemente y que luego se expandirá por esta galaxia, hasta convertirla en un amasijo de soles y planetas, que concluiría en una explosión cósmica de incalculables consecuencias.

—Y todo eso es obra de un solo hombre.

—Un archicriminal, cuyo paradero es aún más desconocido que el de la señorita Zain, su primer ayudante. Por eso le he dicho que lo más urgente es encontrar a Lys Zain.

—La encontraremos —afirmó De Val rotundamente.

* * *

Alban Katz miró incrédulo a su jefe. —¿Y todo eso puede hacerlo un solo planeta? —preguntó, después de que se hubo enterado de la misión que el Coordinador de Inteligencia del Sistema Solar quería encomendarle.

—Sí —contestó De Val.

—Me parece absurdo. Taxur atravesará el sistema solar y, a menos que choque directamente con un planeta...

—Alban, no se trata de un impacto directo, sino de las alteraciones gravitacionales que un planeta de masa doble de la Tierra puede causar en los planetas del sistema solar. Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter... todos los planetas se moverán como si estuviesen flotando en una charca de aguas tranquilas. Al cabo del

tiempo, esos movimientos los arrancarán de sus órbitas seculares y saldrán disparados en todas direcciones. Algunos de ellos, llegará a Stallion y provocará los mismos efectos. Los seis sistemas de Stallion se disgregarán; incluso puede que haya colisiones directas entre alguno de los ciento ochenta y seis planetas stallionianos. Estas alteraciones se expandirán inevitablemente por toda la Galaxia...

Katz hizo un gesto con la mano.

—No siga, jefe; me lo imagino de sobra —dijo, con lúgubre acento—. Pero ¿por qué?

—Waxmor quiere vengarse del primer Consejo de Stallion, ésa es la cuestión básica.

—Nunca han faltado chiflados en la historia de la humanidad, que han provocado las mayores catástrofes con tal de desquitarse de supuestas injusticias —rezongó el joven—. Y, dígame, ¿cómo puedo yo frenar a Taxur?

—Lo primero que tienes que hacer es encontrar a la ayudante principal del profesor Waxmor. Ella es la que conoce la clave.

—¿Cla... .ve? —repitió Katz.

—Sí. Taxur fue puesto en órbita mediante unos complicados mecanismos ideados por Waxmor, a quien secundó su ayudante. Ahora bien, si se encuentra la clave, podremos conseguir que Taxur se convierta en polvillo cósmico, con lo que el peligro habrá pasado por completo.

—Bueno, ¿y dónde está esa ayudante?

De Val miró furioso a su subordinado.

—Alban, ¿le hubiese llamado si supiera dónde está? —gruñó.

—Perdone, jefe; era un comentario solamente —se disculpó Katz —. Yo quería decir...

—Entiendo lo que ha querido decirme —cortó De Val—. La última vez que se vio a esa mujer fue en El Triple, una taberna de Oryhan, noveno planeta del cuarto sistema de Stallion. El Triple está en Oryhania, capital de ese planeta, ¿entendido?

—No. ¿Qué hacía esa mujer en la taberna? ¿Emborracharse?

—Cantaba, bailaba y mostraba al público parte o todos sus encantos físicos, según. De pronto, desapareció y ya no se ha vuelto a saber más de ella.

—¿Por qué abandonó al profesor?

—Habrá que preguntárselo a ella, Alban.

—¿Cómo saben en Stallion que Taxur puede provocar la disgregación de la Galaxia?

—Waxmor les envió una carta, incitándoles a dimitir y a entregarles a él la presidencia del Primer Consejo. Ó dimiten o Taxur provocará la catástrofe.

—Pero eso no nos importa a nosotros...

—Alban, nosotros estamos en el camino de Taxur.

Katz movió la cabeza repetidas veces.

—Ahora sí lo comprendo —exclamó—. ¿Tiene alguna descripción de esa fulana?

—Tengo algo mejor: su movifoto.

De Val pasó a su subordinado una especie de caja plana, de unos treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y dos de grueso. Al hacerlo, presionó una tecla situada en la parte inferior derecha del marco.

Katz contempló el hermoso rostro que le sonreía con los mismos movimientos que si hubiese sido proyectado en una pantalla de televisión. Habían transcurrido ya dos años desde el fortuito encuentro con la bella Lys Zain, pero Katz no la había olvidado.

—Ella —murmuró.

El jefe respingó.

—¿La conoce? —preguntó.

Katz se puso en pie.

—Me voy a buscarla —dijo—. Ya tengo ganas de conocer a sus hijos.

De Val parpadeó.

—No sabía que Lys Zain estuviese casada —dijo, ingenuo.

—No, pero se casará conmigo y tendremos media docena de hijos. Me gustan mucho los niños, ¿sabe?

Cuando De Val, atónito, se acordó de cerrar la boca, Katz había salido ya de su gabinete.

CAPÍTULO II

Cuatro semanas más tarde, Katz entró en El Triple.

Los sistemas de Stallion eran muy variados en cuanto a sus características. Ciertamente, Oryhan no era uno de los planetas más florecientes ni de mayor civilización. Katz se preguntó cómo era posible que una distinguida científico hubiese ido a parar a aquel antro, para divertir, con sus canciones y físico, a la clase de gente que frecuentaba la taberna.

Pero, por su profesión, Katz estaba acostumbrado a los mayores disparates. Lys debía de haber tenido alguna poderosa razón para actuar en El Triple. Se lo preguntaría cuando la encontrase... cosa de la que no dudaba en absoluto.

Había tipos de las más diversas cataduras y provistos de armas que habrían hecho encanecer a otro hombre menos avezado que Katz. También abundaban las mujeres, algunas de ellas muy hermosas, pero con un solo objetivo: conseguir dinero.

A Katz no le faltaba el numerario. Nee-Noo había hecho una abundante provisión de fondos, al objeto de demostrar que Stallion estaba tan interesado como el Sistema Solar en evitar una catástrofe. Como consecuencia de ello, Katz tenía en los bolsillos unos cuantos áureos, además de varias decenas de billetes de alta denominación.

Caminó hacia el mostrador. Una pechugona camarera le preguntó por sus preferencias en materia de bebida.

—Querrá vino de Had-Ksur —dijo una voz de mujer—. Es el mejor de Oryhan.

Katz se volvió hacia la que acababa de hablar y sonrió.

—Que sean dos de vino de Had-Ksur —pidió—. Me llamo Alban —añadió.

—Yo soy Thura —dijo ella.

Dos copas fueron llenadas delante de la pareja. Katz levantó la suya.

—Me gustas, Thura —sonrió.

Ella era muy rubia, de mediana estatura y silueta sumamente atractiva.

—Tú también me gustas a mí —dijo.

—Lo sé.

—¿Cómo dices?

—Si no te gustase, no te habrías acercado a mí para decirme que el vino de Had-Ksur es el mejor.

Thura se echó a reír.

—Eres un chico encantador —elogió—. Pero no vives en

Oryhan.

—Salta a la vista.

Katz volvió la cabeza. En el escenario, tres jóvenes, muy escasas de ropa, cantaban y bailaban.

—Música pésima, cantantes malas y cuerpos de rana —dijo él.

—A la gente le gusta, Alban —manifestó Thura.

—Pero no a mí. No pienso contratarlas para mi local.

Thura arqueó las cejas.

—Ah, tienes una taberna —murmuró.

—Sí, en Quellus. De cuando en cuando, hago algún viaje para buscar atracciones.

—Yo creí que eso era cosa de representantes artísticos...

—No me gustan. La mayor parte, mienten y exageran. Yo prefiero ver a los artistas cuando actúan en público, con toda naturalidad.

—Ahora no hay buenos artistas en El Triple —reconoció Thura.

—Sí, eso veo. Me dijeron que hace tiempo hubo una chica sensacional; pero pasé una larga enfermedad y no pude venir a verla.

—Quizá la conozca yo, Alban.

Katz se echó un trago de vino al coleto.

—Se llama Lys Zain —dijo.

Thura entornó los ojos.

—La recuerdo —manifestó—. Pero se marchó de repente. Nadie la ha vuelto a ver.

—Lástima. Otra vez será. ¿Más vino, Thura?

—¿Aquí? —sonrió ella maliciosamente.

—Indícame un lugar menos concurrido...

—Sube al primer piso. Entra en la puerta donde veas una luz verde. Al cerrar, enciende la luz roja. Yo iré allí antes de cinco minutos.

—Está bien, preciosa.

Katz dejó una moneda en el mostrador.

—Guárdate la vuelta —dijo a la camarera.

—Gracias, señor —exclamó la mujer, atónita por la generosidad de la propina.

—Voy al tocador —declaró Thura.

—Está bien, no tardes.

Katz se encaminó hacia la escalera que conducía al primer piso. Encontró un pasillo y vio algunas luces rojas sobre varias de las puertas. Al ver una luz verde, abrió y entró.

El indicador de la luz roja estaba junto al marco. Después de encenderla, Katz se sentó a esperar a Thura.

De pronto, una lucecita centelleó en uno de los rincones. Asombrado, Katz divisó un videófono.

La habitación disponía de las comodidades suficientes para que sus ocupantes pudieran permanecer en ella durante largo rato. Curioso, aunque pensando en el primer momento que debía de tratarse de una confusión, Katz se acercó al aparato y dio el contacto.

El rostro de la barmaid apareció de inmediato.

—Van a subirle una botella —dijo—. No beba.

La imagen se apagó en el acto. Katz, atónito, se preguntó qué motivos tenía la camarera para transmitirle aquel mensaje.

De pronto, llamaron a la puerta.

Una camarera, vestida solamente con tres minúsculos trocitos de tela roja, apareció en el umbral con una botella y dos copas.

—Señor...

Katz sacó una moneda.

—Déjelo ahí —indicó.

—Sí, señor. Oh, muchas gracias, señor...

La chica se marchó, muy satisfecha. Thura vino un par de minutos más tarde.

—Aquí me tienes —dijo, sonriendo al apoyarse en la puerta.

Katz le alargó una copa.

—Bebe —invitó.

—>No tengo ganas, gracias. Bebo demasiado al cabo del día.

—Pero, mujer, sólo un sorbito...

—Lo siento, Alban. Esa botella... forma parte del gasto, tú ya me comprendes, ¿verdad?

—Sí, claro. —De pronto, Katz se pasó la mano libre por la frente —. No sé qué me ocurre... Me siento mal...

La copa resbaló de sus dedos y se rompió en el suelo. Katz dio un par de pasos vacilantes, luego se arrodilló y acabó por quedar tendido sobre la alfombra que cubría el pavimento.

* * *

Dos fornidos individuos entraron en el reservado.

—Ha caído —dijo uno de ellos.

—Como un pajarito —rió Thura.

—Tendremos que sacarlo por la puerta de atrás —dijo el otro.

—¿Qué haréis con él? —preguntó la profesional. —El narcótico durará de seis a ocho horas. Tendremos tiempo más que suficiente para preparar la mezcla. En la Avenida del Primer Consejo se está levantando un nuevo edificio. Nadie sospechará que uno de los bloques de la base contiene un cuerpo humano. Thura se estremeció.

—No me gustaría morir así —dijo, escalofriada.

—Si mantienes la boca cerrada, vivirás muchos años.

—Descuida.

—Vamos, tú —dijo el primero que había hablado. Y se inclinó para coger a Katz por los tobillos, pero, en el mismo instante, se dispararon dos pies y machacaron un rostro humano.

Se oyó un rugido. El individuo se tambaleó. Katz se levantó de un salto, volvió a saltar y puso su cuerpo horizontal, justo en el momento en que el otro sicario sacaba una pistola desintegrante.

Los pies del joven golpearon un segundo rostro. La descarga desintegrante pasó por debajo de él y alcanzó de lleno un cuerpo. Thura se convirtió en humo sin poder lanzar un grito siquiera.

El primero de los atacados se levantaba de nuevo. Katz fue hacia él y le hizo dar una terrible voltereta, lo arrojó contra una de las paredes con tremendo impacto.

Se oyó un sordo crujido. El esbirro cayó al suelo, torció la boca y se quedó inmóvil.

El otro gemía apagadamente, a gatas en el suelo. Katz se situó a horcajadas sobre él, agarró sus cabellos y tiró de su cabeza hacia atrás.

—De modo que pensabais echarme en un cajón de cemento —dijo—. ¿Por orden de quién...?

—No..., no lo sé... Nos pagó cien áureos...

—¿Cómo es? Descríbelo —pidió Katz.

—Alto, unos cincuenta años, cejas picudas... Dijo que se llamaba Voros, es todo lo que sabemos.

—Algo más sabes, hombre. ¿Por qué debíais matarme?

—Voros dijo que tendríamos que matar a cualquiera que preguntase por Lys Zain.

—¿Está Voros en Oryhan?

—Creo que no... No era un oryhaniano...

«Probablemente, se ha marchado», calculó Katz mentalmente.

Soltó al individuo. Este intentó levantarse, pero su mentón tropezó con una rodilla que parecía de granito.

Momentos después, aparecía en la sala. Los ojos de la camarera brillaron de un modo especial al verle.

Katz se acercó al mostrador. La camarera le puso delante una copa.

—Es bueno —sonrió.

—Nadie ha oído nada —dijo él—, Y eso me extraña...

—A los clientes les gusta... la insonorización —rió ella—. Págame la copa, pero toma la vuelta de mi mano.

—Está bien.

Katz entregó una moneda y recibió dos a cambio. Junto con la vuelta, recibió también una pequeña llave.

—Calle de los Satélites, trescientos dos —dijo la camarera.

—¿Cuándo debo ir? —consultó Katz.

—Ahora.

Katz asintió. Con paso natural, se dirigió hacia la salida.

* * *

La puerta del departamento se abrió. La camarera se quitó la capa con la que cubría el vestido que era el uniforme de su empleo.

—Hola —dijo desenvueltamente—. Me llamo Dalia Kxiv-Tian.

Katz se puso rígido.

—En oryhaniano, Kxiv-Tian significa «Ondas en la Charca» —exclamó.

—Exactamente —corroboró ella—. Pertenezco a la Inteligencia de Stallion y tengo la misión de ayudarte en lo que pueda.

«Ondas en la charca» era la contraseña que se había establecido para que Katz pudiera reconocer a cualquier agente que debiera ponerse en contacto con él. Dalia había pronunciado la contraseña en el idioma nativo, pero ello no variaba en absoluto la situación.

—Tengo un buen vino y no está narcotizado —sonrió ella—. Sirve dos copas, mientras voy un momento al baño.

—Está bien.

Dalia volvió minutos más tarde, vestida con una bata larga y de tejido muy fino. Sonrió al aceptar la copa que !e tendía su invitado.

—Apuesto algo a que no te lo esperabas —dijo.

—Has ganado —sonrió Katz—. ¿Tienes noticias para mí, Dalia?

Esta bebió un poco y luego le miró, repentinamente seria.

—No son buenas —respondió.

—¿Por qué no lo sueltas de una vez?

—Lys fue secuestrada hace cuatro semanas. La trasladaron a Dhuvior. Es probable que ya haya sido digerida por algunos de los habitantes de ese planeta.

Katz sintió que se le contraía el estómago al oír aquellas palabras.

—Has dicho Dhuvior —murmuró.

—Sí, el planeta de los hombres-gusano. Son inteligentes, pero terriblemente voraces. Comen de todo. Para ellos. Lys ha debido de representar un bocado exquisito.. -

—Pero ¿cómo...?

—Ven, siéntate —indicó ella.

Katz obedeció. Dalia añadió:

—Me pagaron diez áureos para poner el narcótico en tu botella. Algunas camareras lo hacen, a indicación de quien quiere limpiar los bolsillos de un cliente adinerado. Yo era la primera vez que lo hacía; pero, claro, tenía que avisarte.

—Gracias —dijo él—. Esos tipos querían liquidarme.

—No se me ocurrió que podrían llegar a tanto, aunque ahora

reconozco que estaba equivocada. ¿Conseguiste saber algo?

—Sí, estaban pagados por un tal Voros. ¿Lo conoces?

—Es la primera vez que oigo ese nombre —respondió Dalia.

Katz le dio la descripción del sujeto.

—Pediré informes a mi central —prometió ella—. Pero tú tienes que partir inmediatamente hacia Dhuvior.

—¿Ahora mismo?

Dalia sonrió de un modo especial.

—Bueno, no pasará nada porque te quedes unas cuantas horas a mi lado —dijo.

Dalia tenía alrededor de treinta años y aunque algo basta de facciones, poseía un fuerte atractivo físico. Katz la abrazó.

Ella correspondió cálida, apasionadamente. En los brazos de Dalia, Katz olvidó, durante largo rato, la arriesgada misión que le había sido confiada.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Katz hizo unas cuantas preguntas a su anfitriona.

—Dalia, ¿por qué he de ser yo precisamente el que encuentre a Lys? Es decir, si está viva todavía.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque sospecho que eres el único que puede conseguir que ella encuentre la clave para destruir a Taxur —respondió.

—Lys conoce la clave, pero ¿por qué no la ha destruido ella misma?

—Preguntas demasiado. Si la encuentras viva, tendrás todas las respuestas. Lo único que sé es que nadie sino tú debe llevar a cabo esta misión.

—Dalia, yo tengo un transmisor de radio subespacial. Si consigues averiguar algo de Voros, avísame inmediatamente.

—De acuerdo.

Katz se puso en pie.

—Ondas en la charca —murmuró—. Terrible, terrible, Dalia.

—Sí. Los planetas acabarían por chocar unos con otros y caerían en sus soles. Estos se transformarían en estrellas nuevas y la galaxia se convertiría en una hoguera colosal.

—Y todo por un individuo despechado que no fue elegido para presidente del Primer Consejo de Stallion.

—Un megalómano llamado Waxmor.

Katz sonrió.

—Espero encontrarle algún día, para retorcerle el cuello como un pollito —se despidió de su anfitriona.

CAPÍTULO III

Mientras la nave se acercaba a Dhuvior, el planeta de los hombres-gusano, Katz pensaba una y otra vez en algo que había oído a Dalia.

¿Por qué él precisamente y no otro hombre?

La misión estaba llena de incógnitas. O los servicios secretos desconocían la mayor parte de las peculiaridades del caso o no le juzgaban digno de confiarle cuanto se sabía sobre el particular.

De pronto, se estremeció.

¿Acaso era un cebo lanzado contra el autor de tan maquiavélico plan?

Un hombre capaz de mover un planeta y lanzarlo contra unos sistemas solares debía de poseer a la fuerza una inteligencia excepcional. Para luchar contra el profesor Waxmor se necesitaba también mucha astucia y no menor inteligencia.

Forzosamente, Waxmor debía de haber previsto que alguien intentaría contrarrestar sus proyectos. Además, siendo un hombre ambicioso, que codiciaba el puesto más elevado de Stallion, debía de tener amigos que apoyarían sus pretensiones, no sólo con dinero, sino también con una red particular de agentes y esbirros, como ya había quedado demostrado durante la etapa de Oryhan.

Lo curioso era, se dijo, que Lys había sido enviada a Dhuvior, para que fuese devorada por los hombres-gusano. ¿Por qué no acabar con ella de una simple puñalada?

¿Había algún motivo especial en aquella acción, que parecía rebosante de incongruencia?

Katz abandonó sus especulaciones. La superficie de Dhuvior estaba ya a menos de tres mil metros de distancia.

Era preciso prepararse para el aterrizaje.

Dhuvior pertenecía al segundo sistema de Stallion y era un planeta escasamente frecuentado. Por tanto, Katz se había limitado a seguir con su marcadora de órbitas la que había seguido la última nave llegada a aquel planeta, presumiblemente la que había servicio para transportar a Lys.

Había alguna vegetación y no demasiada agua, pero la vida, en conjunto, no debía de resultar demasiado difícil. Sin embargo, habían transcurrido ya dos meses largos desde el abandono de la joven en la superficie de un planeta poblado por seres de figura más horrible aún que su propio nombre.

La astronave descendía con lentitud. De pronto, cuando Katz estaba ya a menos de cien metros de altura divisó una escena que le puso los pelos de punta.

Algo se movía por el suelo con sorprendente rapidez. Era una cosa de color rojizo oscuro, brillante, muy parecida a una gran serpiente de grueso cuerpo y de unos cinco metros de largo. Los extremos del ser eran puntiagudos, pero el otro estaba prolongado en algo que parecía la cabeza de una persona, aunque de tamaño doble de lo normal.

El hombre-gusano perseguía a un animal semejante a un cordero terrestre. El animal corría desesperadamente, pero su perseguidor era infinitamente más rápido.

De pronto, la bocaza del hombre-gusano atrapó una de las partes de su víctima. Inmediatamente, frenó la marcha, se revolvió y, con una brusca y vigorosa contorsión, lanzó al cordero a varios metros de altura.

El cordero cayó. No balaba, sino que chillaba desesperadamente. Pero, de pronto, una boca de dos filas de dientes se cerró sobre su cuello.

El espectáculo que siguió a continuación resultó alucinante. En menos de cinco minutos, el hombre-gusano devoró por completo a su víctima. Al terminar, ya no quedaban en el suelo sino unas manchas rojas.

Luego, el hombre-gusano se alejó, reptando con mucha mayor lentitud. Maquinalmente, Katz sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente inundada de sudor.

Aquel mal rato no era debido al espectáculo presenciado. A fin de cuentas, el hombre-gusano era un ser al que su naturaleza le exigía alimentarse para poder sobrevivir.

Pero el solo pensamiento de que Lys hubiese sufrido la misma suerte que el cordero, le resultó insufrible.

—Muerta… y devorada hasta el último hueso… —se estremeció.

* * *

Saltó al suelo, con una mochila a la espalda, un enorme cuchillo en la funda que pendía del cinturón y la pistola de choque en la mano derecha.

Katz prefería la pistola de choque a otra clase de arma. Todo dependía de la intensidad de la descarga. Lo mismo se podía atontar a una persona que romperle los huesos. Y si se disparaba al mínimo de potencia, se conseguía un prisionero, que era lo que solía interesar a los agentes de la inteligencia del Sistema Solar.

La nave que había traído a Lys hasta Dhuvior debía haber tomado tierra en aquellos mismos parajes. Los motores propulsores trazaban en el espacio una estela invisible, que sólo se borraba al cabo de muchísimos meses. A fin de cuentas, no era la estela de un barco en

el mar.

Avanzó paso a paso. Cerca de él divisó un arroyo. Al otro lado había una cadena de colinas pedregosas y desnudas de vegetación. El silencio era absoluto.

De repente presintió el peligro.

Giró en redondo. Un hombre-gusano, enorme, de más le cinco metros de largo por uno de grueso, se precipitaba sobre él con la velocidad de un tigre terrestre en el momento del ataque.

Katz disparó su pistola de choque. El ser lanzó un extrañísimo chillido, dio una vuelta sobre sí mismo, pero se lanzó de nuevo hacia adelante.

La pistola fue graduada al máximo. Katz disparó por segunda vez, pero el flexible cuerpo del ser resistió la descarga sin más daños que en la primera ocasión. Tras un par de volteretas sobre sí mismo, el hombre-gusano atacó por tercera vez.

Katz empezó a sudar.

¿Acaso era indestructible su enemigo?

Apuntó con todo cuidado a la cabeza. Quizá, si le fracturaba el cráneo, podía... (¿Pero tenían cráneo los hombres-gusano?)

Disparó.

El hombre-gusano dio un salto enorme, se contorsionó sobre sí mismo, se retorció un poco... y ¡otra vez se lanzó al ataque!

Katz se vio perdido. Ya no le quedaba más arma que el cuchillo.

Sí, tenía una pistola desintegrante en la nave, pero ya no había tiempo para correr en su busca. Además, ni siquiera era seguro que sus descargas hicieran efecto en aquel horrible ser que parecía invulnerable.

De repente, cuando la boca de doble hilera de dientes estaba ya a un par de metros de Katz, algo cruzó silbando los aires y fue a hundirse profundamente en el cuerpo del hombre-gusano, a un palmo más abajo del lugar donde debían estar sus «hombros».

El ser cayó fulminado. Katz contempló atónito el largo palo, de dos metros de largo por tres centímetros de grueso, tan semejante a una jabalina. La punta, aguzadísima, asomaba por el lado opuesto al de entrada.

Katz volvió la cabeza, estupefacto, incapaz de creer todavía en lo que había presenciado. Entonces divisó a la persona que había arrojado aquella rústica lanza.

—¡Lys! —gritó.

* * *

Ella estaba a diez pasos de distancia, soberbia, arrogante, vestida con unos harapos que velaban mal su seno opulento y sus caderas de

ánfora. Con la mano izquierda sostenía un arco de poca longitud y un puñado de flechas.

La piel del cuerpo de Lys aparecía tostada. En su rostro, el color moreno debido a la continua vida al libre, contrastaba atractivamente con sus ojos verdes

—Me has salvado la vida —dijo él, entusiasmado.

—Me conoces —murmuró la joven.

—Nos vimos hace dos años. ¿Lo recuerdas? Unos ladrones querían asaltarte en el Grand West Park...

—¡Ah, sí! —sonrió ella—. Ahora te recuerdo. Tú eres Alban.

—El mismo, Lys. Vámonos, he venido a rescatarte.

Lys dio un paso atrás.

—¿Por qué he de marcharme contigo? —se asombró.

Katz parpadeó.

—Bueno, te trajeron aquí, secuestrada...

—Estás equivocado. Yo vine por mi propia voluntad, no quiero irme de Dhuvior.

Durante unos segundos, Katz trató de digerir mentalmente las declaraciones de la joven. De pronto, creyó adivinar la verdad.

—Está bien —sonrió—. Si no quieres irte de aquí, quédate. Pero, al menos, ven a mi nave. Me gustaría expresarte mi gratitud con algo más que con simples palabras.

—No —respondió ella—. No entraré en ese aparato.

—Pero, Lys

De súbito, Lys tendió el arco, con una flecha puesta en la cuerda.

—Vete tú si quieres —dijo—. Yo me quedo.

—Lys, escúchame un instante...

Katz se interrumpió. De pronto, había visto algo en los ojos de la joven. Captó la inminencia del peligro y se tiró a un lado, en el momento en que la flecha partía silbando, con tremenda velocidad.

Casi en el mismo instante, oyó un horrible chillido. Rodó por el suelo y vio, a diez pasos de distancia, a un segundo hombre-gusano que se revolcaba atrozmente, con la flecha clavada profundamente en el paladar de su bocaza. En una de las convulsiones, el cabo de la flecha tropezó fuertemente contra el suelo y la punta se hundió hasta el cerebro.

El hombre-gusano se inmovilizó instantáneamente.

—Otra vez estoy a salvo —suspiró él, mientras se ponía en pie.

Con cierta mirada recelosa, Lys se acercó al primer hombre-gusano, arrancó la lanza de su cuerpo y la limpió en la hierba. Katz observó que ella tenía colgado de su cuello el mismo medallón que unos ladrones intentaran robarle años antes.

—Lys, si quieres quedarte en Dhuvior, quédate —le dijo—. Pero, de todos modos, me gustaría hablar contigo.

Ella se irguió y le miró fijamente.

—Vete —exclamó con seco acento.

Katz se encogió de hombros.

—Al menos, dame la mano como despedida —solicitó.

—Claro, eso no cuesta nada.

Katz volvió la pistola a la funda. Ella, con la mano izquierda, sujetaba sin dificultad la lanza, flechas y el arco.

La mano masculina estrechó la de Lys. Súbitamente, sin previo aviso, Katz disparó su puño izquierdo contra el desnudo estómago de la joven.

Lys gritó, se curvó sobre sí mismo y dobló las rodillas. Horribles maldiciones brotaron de su boca.

Katz golpeó ahora el hígado. Ella cayó a un lado, jadeante, sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas.

De repente, Katz observó un extraño centelleo en el medallón.

Era un pesado disco, de color dorado, con una piedra semiesférica en el centro, que parecía de vidrio nacarado. El medallón tenía casi diez centímetros de diámetro por uno y medio de grueso.

El brillo procedía de la piedra y, aunque con distintas oscilaciones, aumentaba con gradual rapidez.

Lys no parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía. Katz, sin embargo, presintió el peligro y, de un tirón, arrancó el medallón. Luego giró en redondo y lo lanzó a más de cincuenta metros de distancia.

El medallón cayó al suelo. Un cono invertido de tierra y humo subió a lo alto, a la vez que se escuchaba un terrorífico estampido. El suelo trepidó fuertemente.

Katz cubrió con su cuerpo el de la joven. Algunas piedras cayeron en las inmediaciones. Luego, el polvo y el humo se disiparon y la atmósfera recobró su transparencia habitual.

Entonces, Katz se incorporó un poco.

—¿Estás bien, Lys? —preguntó.

Pero ella no le contestó. Tenía los ojos cerrados y su respiración era irregular y débil.

* * *

Lys abrió los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de un hombre que la miraba con ansiedad.

—Eres Alban —dijo.

—Sí —sonrió Katz—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada, torpe, aturdida...

—Es lógico. —Katz tenía un vaso en la mano y lo acercó a los labios de la joven—. Bebe un poco, te sentará bien.

Lys tomó un par de sorbos y tosió ligeramente.

—¿Qué es? —preguntó.

—En la Tierra se le llama café con coñac. No son las sustancias naturales, por supuesto, pero la diferencia no se nota.

Lys terminó el contenido del vaso. Los colores volvieron a su cara.

Entonces se dio cuenta de un detalle.

—Esto no es Dhuvior —exclamó.

—No. Estás a bordo de mi nave, donde te traje después de que perdieses el conocimiento. ¿Sabes lo que sucedió con el medallón?

—Tengo una vaga idea…

—Era una bomba. Si te hubiera explotado encima, ahora, tú y yo, estaríamos reducidos a cachitos.

Lys se sentó en la litera a la que había sido conducida por el joven.

—Ese medallón… Me dijo que debía llevarlo siempre, siempre…

—¿Quién te lo dijo?

—El profesor Waxmor.

CAPÍTULO IV

Katz dejó la bandeja sobre la mesa y miró sonriente a su huésped. La nave volaba por piloto automático.

—Tú eras ayudante del profesor Waxmor —dijo.

—Sí. Es uno de los mejores físicos del mundo.

—Pero también un hombre ambicioso.

—Lo descubrí demasiado tarde.

—Así parece —sonrió Katz, mientras se sentaba frente a la joven —. Come sin miedo —aconsejó.

Lys tenía apetito y devoró el contenido de los platos preparados por el joven. Al terminar, le miró y sonrió.

—Ahora me siento completamente bien —dijo.

—Lo celebro. Lys, tienes que explicarme muchas cosas. Necesito saberlo. No sólo el sistema solar, sino Stallion y hasta la Galaxia corren peligro de destrucción.

—¿Destrucción? —repitió ella.

—Sí, eso es lo que he dicho. A menos que detengamos la marcha de Taxur en el espacio...

—¡Taxur!

—Lys, ¿qué te pasa? ¿Es que no recuerdas nada de lo que hiciste con el profesor?

—Claro que sí —respondió ella—. Pero Taxur no es ningún peligro.

—Lys, uno de los dos está equivocado. O quizá lo estemos ambos. Pero los informes que yo tengo...

—Alban, Taxur no es ningún peligro, sino que representa un enorme beneficio. Es un planeta riquísimo en minerales y el profesor Waxmor lo arrancó de su órbita a fin de situarlo en una más conveniente para Stallion.

—Eso te lo dijo él, naturalmente.

—Claro. Y yo le ayudé en sus trabajos y también en investigaciones previas... Bueno, Waxmor ya llevaba años trabajando en el asunto, pero perdió en un accidente a su ayudante principal y entonces me contrató.

—Muy bien, Waxmor quiere que Stallion se beneficie les minerales de Taxur. Entonces, ¿por qué te abandonó en Dhuvior?

—No lo sé... He estado allí mucho tiempo... Tuve que aprender a sobrevivir, me construí un arco, flechas, lanzas…

—Si Waxmor quisiera un beneficio para Stallion no te habría llevado a Dhuvior, me parece. ¿Y el medallón? ¿Es el mismo que llevabas puesto cuando aquellos ladrones quisieron robarte en el

parque?

—Sí. Waxmor me dijo que era un transmisor subespacial. A veces hablaba con él…

—Lo que tú no sabías es que era un transmisor permanente y se dio cuenta de que yo iba a rescatarte de Dhuvior. Por eso activó el mecanismo de explosión.

—Quería matarme —musitó Lys.

—Justamente —corroboró Katz—. Era una forma de hacerte desaparecer sin inspirar sospechas. Apuesto algo que, en tus vacaciones, buscabas un lugar donde vivir aire puro, poco menos que en un estado primitivo. Lys sonrió.

—A veces, así era —contestó.

—Pero no creo que ahora eligieses venir por ti misma a Dhuvior. A los sitios como éstos se viene siempre bien protegido y armado y no con la mentalidad de Robinson Crusoe, de modo que tengas que hacerlo todo con tus propias manos. Te guste o no, fuiste traída aquí a la fuerza.

—Alban, por favor, yo vine plenamente consciente…

—Es lo que te hicieron creer, que tu cerebro era plenamente consciente de lo que sucedía, cuando, en realidad, obedecías a un sutil y poderoso mandato de una mente de gran astucia, que no podía eliminarte de un modo franco y abierto, sin incurrir en graves sospechas.

—No acabo de entenderlo —declaró Lys, un tanto desconcertada.

—Oh —exclamó él, riendo—. «La bella y joven ayudante del doctor Waxmor, enamorada de la vida primitiva, al aire libre y el pleno contacto con la naturaleza, se fue un día a Dhuvior y allí pereció.» Eso es lo que se diría, o se habrá dicho, si te creen muerta. ¿A qué te sientes mejor sin el medallón, con el cerebro incluso más despejado?

—Sí —admitió la joven.

—¿Lo ves? —sonrió Katz—. Ese medallón era el eslabón de una invisible cadena que te tenía sujeta a Waxmor. Tú podías actuar y vivir libremente, en todo cuanto se refiriese de un modo estricto a necesidades materiales: alimento, caza, sueño, supervivencia…, pera ni siquiera, en todo este tiempo, estoy seguro, has lamentado ni por un momento verte reducida a esta situación.

—Es verdad. Ahora empiezo a darme cuenta…

—Lo celebro infinito —sonrió él—. El medallón permitía que Waxmor supiese en todo momento, no sólo si estabas viva, sino si continuabas todavía en Dhuvior. Mientras el medallón enviase «noticias» tuyas, Waxmor estaría tranquilo. Y en el momento en que dejase de percibir esas señales, sabría que habías muerto.

—Pero el medallón explotó...

—Sí, porque tendría que explotar cuando alguien impresionase con su presencia inconveniente la diminuta emisora contenida en su interior, una emisora, posiblemente, que sólo enviaba señales mentales, pero pertenecientes a seres muy evolucionados. Los hombres-gusano, aun poseyendo cierta inteligencia, no están tan evolucionados como nosotros. Por tanto, el que se encontrase cerca de tu medallón, tenía que ser forzosamente enemigo para Waxmor.

Lys se quedó muy pensativa al escuchar aquellas palabras.

—No acabo de entenderlo —manifestó—. De la forma; que sea, ese hombre ha intentado matarme. ¿Por qué?

—Tú conoces la palabra, o tal vez, la frase clave, con la que se puede destruir Taxur.

—¡Alban! ¿Crees que se trata de un cuento da magia? Una sola palabra no puede destruir un planeta...

—Pero sí conducir al lugar donde esté escondido el aparato o la fórmula que permita esa destrucción.

* * *

La astronave despegó y Lys fue a una de las cámaras interiores, donde Katz le había dejado preparada ropa nueva, que sustituyera a los escasos harapos que mal cubrían sus espléndidas formas. Después, una vez vestida, Lys regresó a la cabina de mando y se sentó en el sillón contiguo al del piloto.

Durante largo rato, permaneció silenciosa, sumida, al parecer, en hondas reflexiones. Katz respetó su silencio, dándose cuenta de que la joven trataba de ajustar su mente a la nueva situación.

Ella había sido ayudante de Waxmor durante cierto tiempo. Un científico, se dijo Katz, suele elegir a sus ayudantes por sus dotes y sabiduría en la materia, pero también, al cabo del tiempo, les toma afecto... el lógico afecto de un maestro por su discípulo.

Pero aquel afecto se había trocado en odio y ello, sin duda, tenía sumamente conturbada a Lys. Era preciso dejar que la joven se rehiciera por sí misma.

De súbito, Lys emitió un pequeño grito:

—¡Creo que sé algo!

Katz se volvió hacia ella. La nave volaba ya con piloto automático y no necesitaba siquiera consultar los instrumentos.

—¿Y bien, Lys?

—Tal vez... no es seguro, aunque sí pudiéramos encontrar una pista en... Alban, estuvimos hace cosa de un año en Kectis. El profesor dijo que necesitaba unos cuantos kilogramos de ultraplombita, ya sabes, ese isótopo del plomo que sólo se encuentra en ese planeta y cuya densidad es cuatro veces y media más que la del plomo. No me

explico por qué necesitaba la ultraplombita, pero lo cierto es que estuvimos allí y que conseguimos llevarnos un bloque de, aproximadamente, un metro cúbico.

—No está mal —comentó Katz—. Donde un metro cúbico de agua pesaría una tonelada, una cantidad análoga de ultraplombita, pesaría...

—Cincuenta y una y un poco más —dijo Lys rápidamente.

—Y no te explicó para qué necesitaba la ultraplombita.

—No, en absoluto.

—Lys, ¿por qué crees que en Kectis hemos de hallar una pista?

Ella se puso ambas manos sobre las sienes, como si quisiera ayudar así a su mente.

—Me lo dice el instinto, la intuición femenina... Aunque, como he dicho, Waxmor no comentó nada, tengo la vaga impresión de que dijo algo que puede estar relacionado con todo lo que hemos hablado.

—Y eso que dijo, naturalmente, fue en las inmediaciones del yacimiento de ultraplombita.

—Sí, Alban.

—Bueno, entonces, vamos allá... y ojalá ocurran dos cosas: la primera, que consigas recordar lo que nos interesa.

—¿Y la segunda?

—Evitar un encuentro con los habitantes de Kectis.

—¿Son malos?

Katz soltó una risita.

—Pero ¿cómo? ¿Es que no viste a ninguno durante tu anterior estancia en ese planeta?

—No. En todo el tiempo, estuvimos solos... ¿Qué hacen los kectisianos, Alban?

—Comerte, si te descuidas.

—Oh, yo estoy acostumbrada a luchar con los hombres-gusano...

—Pero no te han echado el lazo nunca, como hacen los habitantes de Kectis.

—Mira, Alban, aunque no sea más que como recuerdo, me he traído el venablo, el arco y las flechas. Sé manejarlos muy bien, te lo aseguro; y no me hacen falta para nada armas sofisticadas del siglo XXIV. ¿Has comprendido?

—Te he comprendido perfectamente y lo único que deseo es que no tengas que enfrentarte con un kectisiano hambriento —respondió Katz, mientras se aplicaba a introducir en la computadora de órbitas el nuevo programa del rumbo que les llevaría directamente a Kectis.

* * *

—De modo que fue aquí donde el profesor sacó su ultraplombita.

—Sí.

Katz recorrió con la vista el desolado paisaje que se extendía ante ellos. El suelo era grisáceo y apenas si crecía la hierba. Al frente, se divisaba una colina de forma redondeada, en una de cuyas laderas aparecían evidentes señales de excavaciones practicadas con potentes máquinas. El color de la tierra en los lugares donde se había excavado era también gris, aunque con abundantes vetas de color rojizo y amarillo.

—Sí, se ven rastros de ultraplombita, pero también veo azufre y óxido de hierro —dijo, pasados unos minutos de silencio—. La ultraplombita está ahí muy impura y no hay señales de que se realizaran operaciones de fundición…

—Alban, temo que no conoces el procedimiento Waxmor-Evans para la extracción de la ultraplombita —dijo ella—. Si el mineral se calentase hasta el punto de fusión, perdería la mayor parte de sus propiedades, pese a la escasa temperatura que se necesita. Por tanto, el profesor empleó el método que él y su colega Evans inventaron hace muchos años.

—¿Sí? —sonrió Katz, que en materias científicas solía ser bastante escéptico.

—En efecto. El mineral impuro se tritura en etapas sucesivas, hasta llegar a la disgregación molecular. Los separadores empiezan a actuar cuando una partícula ha llegado ya a la micra, es decir, la milésima de milímetro. Ahora ya se puede iniciar el proceso de disgregación molecular y las moléculas de ultraplombita son conducidas por la vía especial destinada a ellas solamente, reunidas, aglomeradas y comprimidas hasta formar de nuevo el mineral sólido, con un grado de pureza puede decirse que absoluto, ya que los filtros actúan de tal forma, que en mil millones de partes de ultraplombita, apenas si hay una o dos de otros minerales, cantidad despreciable, como te puedes imaginar.

Katz se pegó una palmada en la cara.

—El despreciable soy yo, por ignorante y por otro motivo que prefiero callarme.

Lys le miró con curiosidad.

—Nadie te puede reprochar tu ignorancia en este asunto, si no te has dedicado a ello, pero ¿cuál es el otro motivo?

—Algún día lo sabrás —respondió él evasivamente—. Ahora, por favor, procura, en lo posible, repetir todas tus acciones, a partir del momento en que pusiste el pie en este planeta.

—Sí, Alban.

Lys dio un paso hacia adelante, pero, en el mismo momento,



algo se enroscó en su tobillo y tiró de ella.

CAPÍTULO V

La joven chilló, trastabilló y acabó por caer. Al perder el equilibrio, braceó instintivamente.

Algo que parecía un hilo de seda, brillante, viscoso, blanco, onduló por los aires y se enrolló en torno al otro brazo. El hilo tenía medio centímetro de grosor y a Lys, por sus propios medios, le resultaba imposible romperlos.

Más hilos volaron por los aires, mientras ella gritaba, aterrada, sin saber qué ocurría. Katz se volvió en el acto y, durante un segundo, contempló con morbosa fascinación el horrible ser que había aparecido repentina y silenciosamente, sin que ninguno de los dos se diese cuenta de su presencia, hasta que el primer hilo fue a enrollarse en torno al tobillo de la joven.

La araña, de un tamaño monstruoso, tenía el cuerpo con el volumen de una ternera terrestre y sus ocho patas no medían cada una menos de cuatro o cinco metros de longitud. Aparentemente, estaba vuelta de espaldas a la presa, pero ello tenía su explicación.

Las bocas de los órganos hiladores estaban situadas en el abdomen, por lo que, para cazar sus presas, necesitaba situarse en la posición adecuada. No obstante, tenía el cefalotórax lo suficientemente alzado, para poder ver con sus ojos facetados el resultado de su acción.

A cada segundo, más y más hilos brotaban del abdomen del gigantesco artrópodo e iban a envolver a la presa, cuyos movimientos se debilitaban por momentos. Katz imaginó lo que podía suceder si no intervenía a tiempo.

Conociendo la clase de seres que poblaban Kectis, había ido prevenido adecuadamente, sobre todo, si pensaba en la amarga experiencia de Dhuvior, en la que un exceso de confianza en sí mismo había estado a punto de costarle la vida. Ahora no sucedería lo mismo.

Un nuevo hilo partió disparado del enorme abdomen del arácnido. Katz ya tenía en su mano la pistola de balas de alto poder explosivo.

También llevaba una desintegrante, pero no quiso arriesgarse a utilizarla, dado que, a fin de cuentas, la presa y la fiera estaban en contacto por medio de los hilos de seda. La distancia era de una docena de metros, pero Katz no tenía la seguridad de que la desintegración no se propagase al cuerpo de la joven, a través de los hilos.

Apuntó con todo cuidado. Dada su postura, la araña estaba obligada a mantener su cabeza —en realidad, el cefalotórax— en alto, a fin de poder ver lo que sucedía a su retaguardia. Sólo cuando su sentido de la visión le anunciase de que la víctima estaba ya inerme, dejaría de segregar hilos,

Pero Katz no le dio tiempo. Un proyectil de dieciséis milímetros de calibre partió con enorme velocidad al encuentro de su blanco. Toda la parte anterior del arácnido voló en mil repugnantes pedazos. Las patas, privadas de su conexión al cuerpo, se esparcieron por las inmediaciones y el abdomen cayó sobre la tierra.

Lys gemía y se quejaba sordamente, incapaz de hacer más que algunos movimientos débiles. Katz se imaginó de sobra lo que debía de estar sufriendo la joven.

—Aguanta ahí un momento —gritó.

Corrió a la nave y buscó su cuchillo de caza. «Maldición, por qué me lo habré dejado aquí», se apostrofó a sí mismo.

El filo del acero sirvió para cortar las ligaduras orgánicas que aún mantenían sujeta a Lys. Ella quiso levantarse, pero le fallaron las fuerzas.

—No puedo moverme... El cuerpo me arde —se quejó.

—Chica, estás como si te hubiesen echado a un campo de ortigas —contestó él.

La cara, las manos, los antebrazos, en fin, todas las partes del cuerpo de Lys que se hallaban al descubierto empezaban a enrojecer. Katz cargó con ella y volvió a la nave, en la que ya había dejado abiertos los grifos de la bañera.

Lys estaba a punto de perder el conocimiento y por lo no se dio cuenta de que la despojaban de sus ropas por completo. En el baño había una pequeña farmacia, muy surtida, de la que Katz tomó algunas medicinas para añadir al agua de la bañera.

La temperatura del líquido era la aproximadamente corporal,

graduada automáticamente. Lys empezó a revivir a los pocos momentos.

—Tú, sal de aquí… —protestó airadamente.

—Ni lo sueñes —contestó él, impasible, mientras tenía la vista fija en su reloj—. Estás sumergida en un baño alcalino, en el que he añadido una sustancia dermosedante, si es que sabes lo que significa. Pero todavía no he terminado.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Lys, resignándose a lo inevitable.

—Cuando haya pasado el plazo prescrito para esa clase de dolencias, te llevaré al salón, en donde embadurnaré todo tu cuerpo con una pasta antiurticante, la cual contiene también una dosis adecuada de sustancia dermosedante.

—Es decir, calma el dolor de la piel…

—Producido por la infinidad de vesículas que han producido en tu lindo cuerpo los hilos de la araña gigante unas por contacto directo y otras por autoinoculación. Y después de todo esto, deberás permanecer veinticuatro horas en cama, inmóvil y bien abrigada. ¿Lo has comprendido?

—Sí, Alban. Pero…

—Dime, Lys.

—Pienso que… que yo podría aplicarme esa pasta por… por delante… A la espalda no llego, claro…

Katz sonrió un tanto maliciosamente.

—Lo único que permitiré es que me ayudes, porque a aplicación de la medicina debe hacerse con la mayor rapidez posible.

Transcurridos diez minutos más. Katz juzgó que el baño había hecho ya sus efectos. Lys podía ponerse en pie y él la envolvió en una gran toalla, llevándola en brazos hasta el salón. La joven se quejó todavía.

Durante unos minutos, aunque ayudado por ella, Katz se dedicó a embadurnar la piel de Lys con la pasta medicinal antiurticante. Al cabo de un rato, la joven dijo que empezaba a sentirse mucho mejor.

—Lo celebro —sonrió él, mientras la llevaba en peso a su camarote. Después de cubrirla con las sábanas, añadió—: Dieta absoluta durante veinticuatro horas, a excepción de un litro de agua cada dos. Esto es imprescindible, a fin de que los riñones filtren el tóxico que pueda quedar todavía en la sangre.

—Un litro de agua —se espantó ella.

—Es lo que recomiendan los médicos en casos como el tuyo.

Resignada, Lys empezó a beber de la misma jarra que él le había traído. Después de unos sorbos, le miró sonriente:

—Alban, ¿cómo sabes tantas cosas?

—Tengo ahí un manual sobre curas de heridas, lesiones y

enfermedades que se puedan producir en distintas clases de planetas. Naturalmente, también se incluyen útiles consejos para curar las dermatosis urticantes, producidas por los hilos de las arañas gigantes.

Lys hizo un leve pestañeo de asentimiento.

—Creo... que empiezo a tener un poco de sueño...

—Es el efecto de los sedantes, que penetran en la sangre a través de los poros. Sin embargo, te despertaré dentro de dos horas.

—Gracias, Alban —musitó la joven.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Lys pudo ponerse en pie, aunque se sentía todavía muy débil. Al terminar de vestirse, vio junto a la cama un magnetófono en funcionamiento.

El hecho la intrigó considerablemente. Cuando abandonó la cámara, vio a Katz muy entretenido en preparar la comida.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, por encima del sombro.

—Bien, pero con las piernas flojas.

—¿Sientes escozor en la piel?

—No, en absoluto. Alban, me has salvado la vida.

—Tú me la salvaste cuando el hombre-gusano se iba a comer. Anda, siéntate; en seguida tendrás el plato en la mesa.

Lys obedeció, mientras se atusaba el cabello maquinalmente. Alban seguía de espaldas a ella.

—He visto un magnetófono en mi dormitorio...

—Sí —confirmó el.

—¿Por qué, Alban?

—A veces, las personas hablan en sueños, sobre todo, cuando están enfermas.

—Oh, creo que comprendo... Tú querías registrar cualquier cosa que yo pudiera decir mientras dormía...

—Exactamente.

—Pero ¿he dicho algo?

—Cuando hayas comido, te dejaré el magnetófono. Quizá entre lo que dijiste durmiendo y lo que recuerdes despierta, podamos conseguir algo. Pero no has hablado mucho; en total, todo lo que has dicho llenaría escasamente una página de un libro de letra grande.

—Lo siento, Alban.

—No te preocupes, guapa.

Ella enrojeció levemente.

—¿He soñado con la araña gigante?

—Una o dos veces, pero no fue una pesadilla mortificante ni dañina —contestó Katz.

—Estuve a punto de morir... Alban, dime, ¿por qué la bestia no

atacó abiertamente?

—Lys, la agilidad de los animales suele estar en razón inversa de su tamaño. Una araña terrestre suele ser muy rápida, cosa que, por fortuna, no sucede con las de Kectis. Pero éstas, en cambio, tienen la virtud, si se puede llamar así, de segregar sus hilos de seda de forma orientable hacia la presa. Una vez que la han inmovilizado, es decir, cuando está como un salchichón, la matan con el veneno que segregan por sus quelíceros y entonces da principio el proceso de exodigestión. Como, por otra parte, hacen todas las arañas.

Ella hizo un gesto de repugnancia.

—Exodig…

—Justamente. Convierten el cuerpo de la presa en jugos digestibles, que luego absorben... lo contrario de lo que harás tú, cuando hayas despachado el apetitoso contenido de este plato; es decir, lo digerirás en tu estómago. —Katz sonrió y añadió—: Endodigestión.

Lys se puso una maño en la boca.

—No sé si voy a poder comer, después de las cosas tan horribles que he oído —se lamentó.

—Después del segundo bocado, te olvidarás de todo —dijo él alegremente, a la vez que se sentaba frente a la joven.

Al fin, la naturaleza se impuso y Lys comió mucho mejor de lo que había sospechado en un principio. Cuando terminó, dijo que iba a escuchar lo que había grabado en el magnetófono.

En el mismo momento, se oyeron unos fuertes golpes en el exterior.

* * *

Katz y Lys cambiaron una mirada de asombro. El primero, a precaución, había dejado cerrada la escotilla de la nave, que continuaba estacionada en el suelo, ya que tenía la intención de salir de nuevo con la muchacha, al objeto de intentar que ella consiguiera recordar con más exactitud cuánto había hecho en Kectis, junto al profesor Waxmor.

Los golpes se repitieron.

—Bueno —exclamó Alban jovialmente—, diríase que alguien llama a la puerta.

Conectó una cámara de observación exterior. Aquellos golpes podían proceder lo mismo de la pata de un arácnido gigante que de la mano de un hombre.

Pero era un hombre.

—Hola —dijo el desconocido, después de que Katz hubo abierto la compuerta—. Me he perdido y... ¿Pueden darme siquiera un poco de agua?

—Claro, amigo —sonrió Katz—. Entre y le daremos algo más que agua. A propósito, la dama es Lys Zain. Yo me llamo Alban Katz.

—Sarrassi —dijo escuetamente el recién llegado.

Era un hombre alto, delgado, de nariz aguileña, rostro un tanto oscuro y ojos negros, vestido con una especie de túnica flotante, ornada con grecas rojas y negras, sobre la cual llevaba un largo manto negro con capucha. En torno a la frente llevaba una ancha cinta del mismo color que la túnica y adornada igualmente con idénticos motivos.

—Le prepararé algo de comer —dijo Katz—. Siéntese, Sarrassi.

—Gracias.

Katz volvió la espalda al inesperado huésped. Entonces, Sarrassi sacó una pistola y disparó contra el propietario de la astronave.

Lys se puso en pie gritando. La pistola se volvió contra ella.

—Quieta —dijo Sarrassi, sonriendo diabólicamente—. No hagas nada o será peor.

Ella se quedó inmóvil, temblando de pánico. Casi no se atrevía a mirar a Katz, tendido en el suelo, con el rostro completamente blanco.

La mano izquierda de Sarrassi entró en su túnica y volvió a salir con un objeto del tamaño de la mitad de una caja de cigarrillos, que acercó a su boca.

—Listo, muchachos —dijo—. La plaza ha sido conquistada y hemos hecho una buena captura, que nos valdrá, por lo menos, mil áureos.

Segundos más tarde, cuatro o cinco individuos se precipitaban en el interior de la nave. Algunos de ellos lanzaron exclamaciones de admiración al ver a la hermosa joven a quien mantenía inmóvil la pistola de Sarrassi.

—¿Qué hay de ese tipo? —preguntó uno de los recién llegados, aludiendo a Katz, quien continuaba en la misma postura.

—No os preocupéis de él —fue la respuesta de Sarrassi—. La chica es la que nos interesa.

—Vale su peso en oro —rió otro sujeto.

—Sí, desde luego. Bueno, vámonos...

—Espera, Sarrassi; antes voy a hacer una cosa —dijo el primero que había hablado.

Corrió hacia la cabina de mando y volvió a los pocos momentos con una caja oblonga en las manos.

—No sé si ese tipo está muerto o no, pero, en todo caso, ya no podrá despegar, porque le he quitado la computadora de órbitas —dijo, a la vez que lanzaba una desaforada carcajada.

De pronto, Lys quiso resistirse, pero cuatro manos se apoderaron de ella y la sacaron a viva fuerza de la nave.

El corazón de la joven sangró al pensar que, si Alban estaba aún con vida, ya no podría abandonar Kectis. La suerte propia le importó menos que la del hombre a quien, desde el primer momento, consideró como muerto.

CAPÍTULO VI

Algo asomó por la escotilla abierta. Una pata articulada, de color marrón rojizo y contextura ósea externa, tanteó el umbral de la entrada a la nave.

Katz empezó a rebullir en aquel momento. Un nada agradable olor, ácido y agrio al mismo tiempo, hirió su pituitaria.

Torpemente, Katz consiguió identificar el olor. Los pelos se le pusieron de punta, al darse cuenta de que había un arácnido gigante junto a la astronave.

Otra pata penetró a través del hueco. Pero éste era demasiado angosto para que el artrópodo pudiera atravesarlo, no por el volumen de su cuerpo en sí, sino porque no podía replegar sus patas lo suficiente para colarse por la abertura.

Arrastrándose, con un terrible dolor en la espalda, Katz buscó su pistola desintegrante. Desde cuatro metros de distancia, hizo un disparo al centro de la enorme cabezota de la bestia, cuyos ojos le miraban con malignidad indescriptible.

El arácnido se disolvió instantáneamente en una nube de humo apestoso. Katz hizo un tremendo esfuerzo y, poniéndose en pie, logró caminar lo suficiente para manejar el mando de cierre de la escotilla.

El interior de la nave hedía horriblemente. Katz puso en marcha los extractores. Luego, tambaleándose, buscó el baño.

Era una fortuna, se dijo, que llevase puesta la blusa blindada en el momento del disparo. O también, si se pensaba, su suerte había sido que el atacante no hubiese apuntado a la cabeza.

La blusa era tan liviana como una camisa corriente, pero su tejido era capaz de resistir proyectiles corrientes, siempre que no fuesen de alto explosivo. Otra de las causas por las cuales estaba vivo, pensó, mientras se sumergía en el baño, era que Sarrassi no había podido utilizar uno de tales proyectiles en el reducido ámbito del interior de la nave.

La explosión les hubiese matado a los tres en el acto. Pero Katz se sentía como si le hubiesen arreado en los riñones con un palo de golf... manejado por un jugador que se sintiese furioso por haber fallado el tiro.

Al cabo de un rato, empezó a sentirse mejor. Se aplicó un poco de linimento a la espalda. «Lys debiera estar aquí», gruñó, porque no podía darse masaje a su gusto.

Cuando notó que sus dolores cedían, empezó a pensar en la mejor forma de salir de aquella situación. Lo primero que hizo fue examinar las cámaras interiores de la astronave.

Todas las imágenes de lo sucedido después de su pérdida del conocimiento aparecieron grabadas con absoluta nitidez, lo mismo

que las voces de los asaltantes. Después de que hubo escuchado lo que dijeron Sarrassi y sus secuaces, ya no le cupo la menor duda de los motivos del rapto de Lys.

Sabía, incluso, dónde encontrarla. Sin perder más tiempo, maldiciendo de la idea de viajar a Kectis, fue a la cámara de mando y se sentó en su puesto de pilotaje.

Las luces de la consola de control permanecieron apagadas.

Durante unos segundos, Katz se sintió perplejo. Pero no tardó en averiguar lo que sucedía y en hallar el remedio para lo que ciertos tipos habían considerado avería irreparable.

Un cuarto de hora más tarde, la nave despegaba con rumbo a Hannorul, el planeta al que Lys había sido llevada por sus secuestradores.

* * *

—¡Arrepentíos! —gritaba el hombre alto y de luengas barbas negras, que caminaba apoyándose en un báculo hecho de una rama recta y nudosa—. Es hora de que abandonéis vuestras depravadas costumbres. Los setenta dioses de Hannorul se sienten llenos de cólera por el ocio y la corrupción que reina en esta maldita ciudad y están a punto de destruirla. Buscad la salvación en la penitencia y el arrepentimiento…

La inmensa mayoría de las personas que transitaban por la concurridísima calle principal de Hannulia se reían descaradamente del hombre de las barbas blancas quien, sin embargo, continuaba obstinado gritando sus amenazas de destrucción. Algunos, incluso, le tiraban pellas de barro, tomates maduros y huevos podridos, pero el viejo seguía incansable, ajeno a las chanzas y los insultos.

— ¡Es la hora del arrepentimiento! Los setenta dioses no pueden permitir tanta depravación, tanto vicio…

—Bah, un profeta más —comentó alguien.

—Lo que sobran aquí son profetas.

—Está chiflado.

—Dejadlo en paz; por mucho que clame, no hará mal a nadie.

—Si le gusta chillar, no le privéis de su gusto…

Los ojos del profeta recorrían apreciativamente la abigarrada muchedumbre que se agolpaba en todos los puntos de su trayecto. Había gentes y tipos de todas clases: mercaderes, soldados, navegantes del espacio, vendedores de todo cuanto podía imaginar la mente humana, rameras que se mezclaban con las matronas, niños, animales domésticos, moscas, suciedad… Realmente, pensó el hombre de las barbas blancas, en Hannulia abundaban muchas cosas, pero nada

tanto como la mugre.

Unas trompetas resonaron de pronto. La gente se apartó. Varios hombres de uniforme empezaron a azotar a los rezagados. Sonaron gritos, blasfemias e imprecaciones. Los niños corrieron, chillaron y lloraron, mientras sus madres blandían el puño en dirección al origen de los daños de sus vástagos.

Detrás de las trompetas, apareció un pelotón de soldados armados con lanzas, espadas y escudos, lo que no excluía otro armamento mucho más moderno, consistente en pistolas de proyectiles de alto poder explosivo. Pero aquella especie de guardias resultaba muy vistosa, con las túnicas rojas bajo las corazas y los penachos blancos y azules en los cascos.

A continuación seguía un enorme palanquín descubierto, portado por dieciséis robustos esclavos, cubiertos únicamente con un breve taparrabos. Sobre el palanquín, lánguidamente reclinada en un enorme montón de sedosas pieles moteadas, había una hermosa mujer.

Tenía los cabellos negros, largos, muy brillantes, y su cuerpo de diosa aparecía apenas velado por unas telas casi transparentes. En torno a los desnudos brazos y también en los tobillos ostentaba gruesas ajorcas de oro y brillantes.

De pronto, el profeta saltó hacia ella.

—Arrepiéntete, saco de inmundicia, odre de basura... —clamó—. Abandona tu vida depravada y viciosa, si no quieres morir cuando la ciudad sea destruida por la cólera de los setenta dioses...

La mujer se irguió en parte y le miró furiosa.

—¡Maldito loco! —gritó. Y, en el acto, dio una orden a los soldados de su guardia—. ¡Azotadlo!

Varios soldados se precipitaron sobre el profeta, pero, antes de que pudieran descargar un solo latigazo, la mujer cambió de opinión.

—Esperad —dijo—. Haremos algo mejor.

Miró al profeta y rió divertida.

—Cortadle la barba —ordenó.

Sonaron innumerables carcajadas en las inmediaciones. Varios robustos brazos sujetaron al profeta y un soldado se acercó a él con unas tijeras en la mano.

Instantes después, el rostro del profeta quedaba con menos de un dedo de vello en torno a su mentón y sus mejillas. La mujer le miró y se echó a reír burlonamente.

—Y ahora, maldito loco, sigue con tus estúpidas profecías —exclamó—. ¡Adelante!

La comitiva reanudó su marcha, repartiendo por igual trompetazos y latigazos. El profeta quedó en el mismo sitio, ajeno a las burlas, apoyado con ambas manos en su báculo.

Al cabo de unos momentos, llegó a una vasta plaza, en cuyo centro había un tablado de grandes dimensiones, sobré el cual se veían varios grupos de personas de ambos sexos.

Las mujeres, todas jóvenes y hermosas, estaban completamente desnudas. Algunas' reían desafiadoramente; otras, avergonzadas, tenían los ojos bajos, a la vez que trataban de cubrir en vano con sus brazos y manos la absoluta desnudez a que habían sido obligadas.

Los hombres, en cambio, aunque también eran jóvenes y apuestos, llevaban un mínimo taparrabos. Sobre el tablado se movían varios individuos armados. Uno de ellos era Sarrassi.

* * *

Sarrassi era el encargado de anunciar las virtudes y cualidades de sus propiedades humanas. Después de rogar silencio, por medio de un altavoz eléctrico, dijo:

—Taddy Rassel, veinticuatro años, soltero, apuesto... Miren un hombre verdaderamente atractivo. ¿Quién ofrecería por él la mísera cantidad de doscientos cincuenta áureos?

—¡Ladrón! —gritó uno, provocando con ello las risas de los espectadores.

Sarrassi se inclinó profundamente.

—Lo admito, señor, soy un ladrón, pero sólo porque robé tu madre a su esposo hace diez años —contestó—. Pero lo hice de noche; por eso, en cuanto amaneció, la devolví a su hogar.

Las risas aumentaron. El individuo quiso subir al tablado, pero cuando ya ponía el pie en el penúltimo escalón, uno de los secuaces de Sarrassi lo derribó de una brutal patada en la ingle.

—Bien, vamos a ver —continuó impasible el vendedor—. ¿Quién ofrece doscientos cincuenta áureos por...?

—¡Yo doy trescientos! —dijo una opulenta matrona, entrada en carnes y en años.

Sarrassi se inclinó.

—Señora, si nadie sube esa cifra, te garantizo una buena adquisición. —Y guiñó maliciosamente un ojo a la dama, cuyo rostro se cubrió de carmín en el acto.

Minutos más tarde, la matrona se alejaba con el esclavo, llevándolo de un cordón de seda, anudado blandamente a su cuello. El profeta lanzó mil invectivas al paso de la pareja, pero, para su sorpresa, no fue ella la que protestó, sino el esclavo, que le sacó descaradamente la lengua.

A continuación, Sarrassi anunció:

—¡Lys Zain, de Stallion! Véanla, damas y amigos todos..., pero más los hombres, claro está. Contemplad a vuestro gusto esta belleza y

decidme si no vale los seiscientos áureos en que se fija la cifra inicial de la puja. ¡Animo, los hombres ansiosos de admirar la verdadera belleza! ¡Sólo seiscientos miserables áureos, nobles señores!

En vano trataba de cubrirse Lys con ambas manos. De pronto, dos de los esbirros la agarraron por los brazos y los situaron a su espalda. Las lágrimas de vergüenza brotaron irreprimibles de sus ojos en el mismo momento.

—Seiscientos cincuenta —dijo uno.

—Setecientos.

—¡Ochocientos!

—Ochocientos cincuenta.

Por el momento, parecía que no iba a haber más ofertas. Sarrassi torció el gesto, dándose cuenta de que sus sueños de obtener mil áureos por Lys no parecían llevar camino de convertirse en realidad.

— ¡Novecientos! —gritó uno inesperadamente.

Parecía la cifra máxima que se podía alcanzar. Resignado a perder cien áureos, Sarrassi levantó la mano, dispuesto a conceder la esclava al comprador.

De pronto, se oyó una voz:

—¡Novecientos un áureos, para su Grandeza el Khan de Hannorul, según prescribe la ley!

Sarrassi volvió los ojos instantáneamente hacia su izquierda. A cien metros de distancia, había un gran edificio, de dos plantas, cuyas ventanas aparecían cubiertas por espesas celosías, detrás de una de ellas, Sarrassi lo sabía muy bien, se hallaba el soberano absoluto de aquel planeta, Kalekh II, al que la ley confería el derecho de comprar cualquier esclavo, mediante la adición de un áureo a la oferta más alta que se hubiese hecho en una puja.

El espinazo de Sarrassi se curvó servilmente.

—La esclava Lys Zain queda adjudicada en novecientos un áureos a su Grandeza el Khan de Hannorul, a quien los setenta dioses concedan siglos de vida —exclamó.

— ¡Los setenta dioses han trazado ya el tiempo que debe vivir ese miserable y sus horas ya están contadas! —tronó el profeta.

Un soldado de los que estaban cerca le golpeó en la frente con el mango de su látigo. El profeta rodó por el suelo sin conocimiento, sangrando profusamente por el lugar en donde había sido alcanzado.

Mientras, uno de los secuaces de Sarrassi colocaba un manto sobre el cuerpo de Lys. A partir de aquel momento, nadie sino su dueño tenía derecho a contemplar la belleza de la esclava.

CAPÍTULO VII

Los hombres de Sarrassi contaron los montones de monedas y luego las guardaron en los bolsillos del interior de sus túnicas.

—No ha estado mal —dijo uno.

—Otras veces hemos sacado más —se quejó otro.

—Bueno, a fin de cuentas, la mercancía es gratuita. No hay más que cazar las presas y...

Riendo, los tres individuos abandonaron la estancia, mientras Sarrassi trazaba algunos números sobre el papel. A su izquierda tenía cinco pilas de monedas, cada una de las cuales estaba compuesta por veinte discos de oro. Un disco equivalía a cien áureos, de modo que, en total, había diez mil.

—Sí —murmuró el mercader de esclavos—, Dujti tenía razón; otras veces hemos hecho mejor negocio...

De repente, Sarrassi se dio cuenta de que no estaba solo.

Alzó la cabeza. Delante de él había un hombre cuyo rostro le pareció vagamente conocido. Era muy alto y tenía el rostro arrugado y cubierto parcialmente de vello blanco, cuya longitud máxima no alcanzaba en algunos puntos a más de un centímetro.

—El profeta —dijo Sarrassi—. ¿Qué diablos quieres, maldito loco? Dinero, claro, como todos los de tu ralea; os pasáis el tiempo pronosticando males y lo único que buscáis es una moneda...

—Yo busco algo más, Sarrassi. El dinero no me importa.

El mercader lanzó una risotada.

—Entonces, eres un profeta de lo más raro que he visto en mi vida. Tal vez seas sincero...

—Sarrassi, por si no lo sabías, te diré que mi astronave disponía, en el cuarto de pertrechos, de una computadora de órbita de repuesto.

El color desapareció en el acto del rostro de Sarrassi.

—Tú eres...

—Yo mismo.

Sobrevino una pausa de silencio.

Había sudor en la frente del mercader. De pronto, Sarrassi lanzó una exclamación:

—Está bien, sí, yo la rapté. Es mi oficio y... ¿Qué demonios quieres como compensación? ¿Cien áureos? Te los daré, pero lárgate en el acto. Con diez áureos, puedes tener una mujer hermosa durante un mes...

—No quiero dinero ni mujeres hermosas, al menos de esa clase. Sarrassi, tú has estado muchas veces en el palacio de Kalekh. Dime por dónde se puede entrar sin ser visto por los centinelas.

Las cejas del mercader se alzaron.

—¿Sólo eso quieres de mí? —preguntó.

—Nada más.

—Bien, es un favor bien sencillo… La puerta del lado Sudeste se abre cuando se toca una contraseña con los nudillos. Cuatro veces seguidas, y dos y tres.

—¿Cómo lo sabes?

Sarrassi se echó a reír.

—Esa puerta da a las habitaciones de una dama, muy apreciada por el Khan. Lo que ocurre es que hay ocasiones en que Kalekh no necesita de sus… servicios y entonces, la dama llama a un amigo.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Shaida.

—Ah, la esposa favorita…

—Sí.

—Sarrassi, estoy por sospechar que el amigo de Shaida eres tú.

El mercader rió maliciosamente.

—Como acusado, me niego a contestar, para no incriminarme —repuso, cínico.

—¿Cuál es la hora más conveniente?

Sarrassi consultó su reloj de pulsera.

—Las diez —dijo.

—Espero que no me hayas engañado —murmuró Katz.

—Soy sincero, te lo juro.

—Por tu bien, espero que así sea.

Katz giró sobre sus talones y se dispuso a salir. Pero casi en el mismo instante, se volvió de nuevo hacia el mercader.

Sarrassi levantaba una pistola. Katz fue más rápido.

Después del disparo, meneó la cabeza.

—No fuiste sincero —dijo.

Pero aquella nubecilla de humo que se disolvía en la atmósfera ya no tema oídos ni boca ni lengua para oír, para contestar ni para quejarse.

* * *

La mujer, con el espléndido cabello negro suelto hasta la cintura, salió del baño, vestida únicamente con tres diminutos trozos de tela. Caminó unos pasos y se detuvo de pronto al ver a un hombre que comía tranquilamente algunos granos de uva, del racimo que, junto con otras frutas, se hallaba en un enorme frutero de oro.

—Eh, tú, ¿qué diablos haces aquí? —exclamó, parada en el centro de la sala, con las manos sobre sus opulentas caderas.

Katz se volvió sonriendo hacia ella. El pelo y el resto de la barba seguían blancos, pero ahora vestía una túnica corta y no había arrugas

en sus facciones. Sus ojos poseían un brillo muy distinto.

—Esta tarde ordenaste que me cortasen las barbas —respondió.

Los ojos de Shaida se abrieron desmesuradamente.

—¡El profeta!

—Sí, el mismo.

De pronto, ella agarró una bata que había sobre un diván y se la puso rápidamente.

—¿Por qué haces eso? —rió Katz—, Esta tarde llevabas más ropa, pero menos espesa, claro.

—No... me gusta que me miren de cierta manera —refunfuñó ella—. Dime, profeta, ¿a qué has venido?

—En primer lugar, mi nombre es Alban. En segundo, estoy aquí porque he ocupado el puesto de Sarrassi...

—¡Cerdo traidor! —exclamó Shaida, furiosa.

—Me parece que ya no podrás seguir insultándole.

—¿Por qué?

—Está muerto.

Ella miró con sorpresa a su visitante.

—Lo has matado tú —adivinó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Robó a una mujer, que luego ha sido vendida como esclava. Quiero recuperarla.

—Pero ¿qué diablos puedo hacer yo...?

—Kalekh es ahora el dueño de esa mujer.

—Ah, la stallioniana.

—Sí —admitió Katz sin pestañear.

—Eso no importa...

—Te importa, porque puede arrebatarte el puesto de favorita. Y yo estoy en condiciones de evitarlo.

—Yo también. Le daría un veneno...

—Y entonces, te estrangularía con mis propias manos.

—Diablos, profeta, eres un hombre terrible.

—En todos los sentidos —sonrió Katz, al tiempo que avanzaba hacia la hermosa mujer que tema frente a sí.

Shaida sonrió.

—¿De veras?

Katz la abrazó.

—Voy a demostrártelo —dijo.

Mucho más tarde, Shaida dijo que sí, que Alban era un hombre terrible de veras, pero que todavía no sabía qué quería de ella.

—Es bien sencillo: una audiencia con el Khan.

—Ese estúpido no recibe a todo el mundo...

—Tienes que conseguir que me reciba o te veo pelando patatas

en la cocina de palacio.

Shaida frunció el ceño.

—Conozco a más de una que ha acabado fregando suelos en este caserón —murmuró—. Pero ¿qué pretexto daré para conseguirte esa audiencia?

—Dile, simplemente, que un varón de gran sabiduría y lleno de santidad quiere evitar graves daños a su grandeza el Khan y a su pueblo. Dile que, si no me recibe, los setenta dioses harán sentir su cólera y destruirán la ciudad.

Apoyada en un codo, Shaida miró fijamente a Katz.

—Estás burlándote —dijo.

—Hablo muy en serio. Todavía más, si el Khan rechaza mi petición, tú, que estarás presente en la audiencia, escapa inmediatamente del palacio o perecerás bajo sus ruinas.

—Me asustas, Alban —se estremeció ella.

Katz la atrajo nuevamente hacia sí.

—Debo hacerlo —murmuró, mientras sus labios recorrían ardorosamente la garganta de cisne de la mujer—, Es preferible que se destruya una ciudad, antes de que sea toda la galaxia la que resulte convertida en llamas.

—Yo sí que estoy en llamas —exclamó Shaida sin poder contenerse.

* * *

Sentado en su lujoso pero rústico trono, el grueso y apoplético Khan de Hannorul, Kalekh II, miró entre escéptico y burlón al hombre que le había solicitado audiencia.

—De modo que aseguras que si no libero a mi nueva esclava, la ciudad será destruida —dijo.

—Sí —contestó Katz, impasible, de nuevo en su papel de profeta.

De pronto, Shaida se arrojó a los pies de Kalekh.

—Haz lo que te dice, dueño mío —rogó—. Sé que es un hombre santo y que posee el don de la clarividencia. Los setenta dioses han llenado ya a rebosar el vaso de su cólera y una sola gota podría verter todo su contenido...

—¡Aparta, estúpida! —dijo Kalekh brutalmente, a la vez que la golpeaba en el rostro con uno de sus pies. Por fortuna, la extremidad estaba envuelta en blandas pieles y el golpe, aunque la hizo rodar al pie del estrado en que se hallaba el trono, no le causó mayores daños.

Luego, Kalekh se encaró con el visitante.

—Mira, maldito imbécil, yo me rio de tus profecías, de ti y de los setenta dioses, Este palacio y la ciudad están bien construidos y los

setenta dioses tienen bastante más trabajo que ocuparse en unos pocos cientos de miles de personas, así que lárgate y déjame en paz, o haré que te desuellen vivo a latigazos.

Katz se irguió majestuosamente.

—Entonces, te niegas a liberar a la mujer que es protegida de los setenta dioses —exclamó.

—¡Sí! —aulló Kalekh, ebrio de ira—. Esa mujer es mía, he pagado dinero por ella y ni por setenta o setecientos mil dioses, la soltaría ya. ¿Lo has entendido?

—Bien, te he entendido perfectamente y ya no añadiré más, sino que, por mi mediación, los dioses se van a enterar de tu respuesta y ellos, a su vez, darán la que se merece tu impiedad. ¡Pero tu pueblo no olvidará tan fácilmente que pudiste salvarlo de la destrucción y que no quisiste! Recuérdalo cuando la gente haga justicia y te cuelgue de algún alero.

Kalekh lanzó una estruendosa risotada. Impasible, Katz alzó los brazos. En el derecho estaba el báculo.

Los ojos del joven se cerraron un instante, mientras murmuraba unas palabras ininteligibles.

Shaida le contemplaba temerosamente. Algunos de los cortesanos empezaron a sentir cierta aprensión.

De súbito, se oyó cierto rumor que venía de lo lejos.

Decenas de rostros se volvieron hacia el origen del ruido, que se acentuaba rápidamente.

Algo tintineó en alguna parte. El suelo tembló levemente.

Se oyeron gritos de alarma. Llegaban chillidos del exterior.

El rumor se convirtió en un ruido más intenso. Saltaron algunos cristales.

Una lámpara se desprendió bruscamente del techo y cayó al suelo con enorme estrépito.

—¡La ciudad va a ser destruida por la cólera de los setenta dioses! —clamó el profeta.

El trono de Kalekh vaciló de pronto. Una de sus patas se quebró con seco chasquido y su ocupante rodó por los peldaños del estrado, lanzando agudísimos chillidos de terror.

Katz echó a correr. Agarró la mano de Shaida y tiró de ella.

—Ven, guíame a la habitación de Lys —pidió.

El suelo trepidaba con sordos rumores que hacían presentir lo peor. La gente corría enloquecida por todas partes, atropellándose los unos a los otros en su ansia por escapar a la catástrofe.

De pronto, Shaida se detuvo ante una puerta.

—Aquí es, pero está cerrada —indicó.

Katz retrocedió unos cuantos pasos. Tomó carrera y se lanzó contra la puerta, haciéndola saltar en astillas.

Una mujer corrió hacia él.

—Esto se va a derrumbar...

—Ya lo sé, guapa —sonrió Katz—. Anda, vámonos. Tú, Shaida, no te quedes aquí.

Shaida se recogió la larga falda con ambas manos.

—No pensaba quedarme —respondió, a la vez que escapaba a todo correr hacia la escalera más cercana.

El fragor del terremoto se intensificaba por momentos. Atroces chillidos se oían por todas partes, aunque, a juzgar por lo que Katz veía, nadie sufría graves daños, sino simplemente golpes y magulladuras sin importancia.

Momentos más tarde, alcanzaban el exterior. Katz lanzó un grito dirigido a la otra:

—¡Shaida, ven con nosotros!

Ella siguió a la pareja. De repente, cuando apenas se habían alejado doscientos pasos, el palacio se derrumbó con fenomenal estrépito.

Kalekh, acobardado, lleno de pavor, huía a todo correr, haciendo volar detrás de sí los pliegues de su túnica. Hombres, mujeres, niños, todos corrían confundidos en busca de la salvación.

La ciudad era ya una pura ruina cuando Katz alcanzó el paraje donde había dejado escondida su astronave.

—Adentro, chicas —ordenó.

Las dos mujeres no se hicieron de rogar. Katz entró tras ellas, cerró la escotilla y corrió hacia el puesto de pilotaje.

Instantes más tarde, la nave se elevaba por los aires. Katz sobrevoló Hannolia a menos de cien metros de altura. De este modo, podían ver sin dificultad lo que sucedía en el suelo.

Las ventanillas, debido a la escasa velocidad, estaban abiertas. Ello les permitía captar todos los sonidos con absoluta claridad.

De repente, vieron a un grupo de personas enfurecidas que corrían tras un hombre lujosamente ataviado.

—Ahí está...

—Ese es el culpable...

—Hagamos justicia.

—Lo quieren los setenta dioses...

Mil seres enloquecidos por la furia cayeron sobre Kalekh. Sus chillidos de pánico fueron apagados bien pronto por decenas de pies enloquecidos de ira, que convirtieron su cuerpo en una pulpa sanguinolenta.

CAPÍTULO VIII

—De modo que has destruido una ciudad por mí —dijo Lys, mientras se cepillaba el pelo frente a un espejo.

La nave volaba por el espacio, merced al piloto automático. Arrellanado en un butacón, Katz contemplaba al trasluz el contenido de su copa. El vino de Had-Ksur valía la pena, pensó.

—Ya lo has visto —contestó.

—Miles de personas han perecido…

—Sólo dos: Sarrassi y Kalekh. El único edificio de cierta consistencia era el palacio del Khan. Todo lo demás eran casuchas de papel y tablas. La gente ha corrido, se ha asustado, algunos se habrán roto una pierna o un brazo o se habrán aplastado las narices, pero la cosa no pasará de ahí. Quizá no lo sepan nunca, pero este susto de hoy les habrá librado un día de la destrucción total.

—Sí, cuando la Galaxia empiece a arder.

—A menos que lo evitemos, eso es lo que sucederá. Lys, yo tenía que rescatarte y algo tenía que hacer. Pero, si no estás conforme, no te preocupes; Hannorul no es el único mercado de esclavas de Stallion.

Ella enrojeció vivamente.

—De modo que me viste en el mercado…

—Y no fui el único, como puedes comprender —rió él.

—¡Por favor!

—Lo siento, no quise ofenderte.

—Está bien. Dime ahora cómo provocaste el terremoto. Porque no creo que tu invocación a los setenta dioses haya sido la causa de esas sacudidas sísmicas…

Katz se echó a reír otra vez.

—Cuando llegué a Hannorul, «sembré» una bomba sísmica. Todo agente de la Coordinación de Inteligencia del Sistema Solar está siempre bien provisto de los elementos que un día puede necesitar en el desempeño de su misión. Por ejemplo, pomadas antiurticantes…

—Sí, lo sé. Continúa, por favor.

—Llevaba también una computadora de órbitas de repuesto y mi blusa estaba blindada. Cuando me recobré, vine inmediatamente a HannoruI.

—Pero si no sabías…

—Un tipo como Sarrassi no podía ser otra cosa que mercader de esclavos. Luego ideé la comedia del profeta, vaticinador de grandes catástrofes, porque conocía bien Hannulia y la idiosincrasia de sus habitantes. No me harían caso y se burlarían de mí, acostumbrados a gente de esa calaña, pero así podría moverme con entera libertad.

—Y llegaste al palacio de Kalekh.

—En efecto, así sucedió.

De pronto, Lys se volvió hacia el joven.

—Alban, dime, ¿cómo explotó la bomba sísmica tan oportunamente?

Katz le guiñó un ojo.

—Puede hacerse funcionar por mecanismo de relojería o por medio de una señal de radio. Yo elegí el segundo procedimiento —contestó.

—De modo que tenías escondida una emisora de radio bajo tus ropajes.

—No, en el interior del báculo.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, de pronto, Lys sonrió ampliamente.

—Eres astuto como un zorro terrestre —comentó—. Pero hasta ahora no has conseguido nada, según parece.

—No, y ando pensando en la mejor forma de desbloquear tu mente, aunque, hasta ahora, no he dado con la solución.

—Hipnotismo —sugirió ella.

—No sirve. Waxmor hizo que la palabra clave quedase «enquistada» en tu mente, si es que sirve esa metáfora. Ciertamente, hay procedimientos que permiten vaciar el cerebro de una persona..., pero entonces, el paciente, queda convertido en un vegetal.

Lys sintió un escalofrío.

—No me gustaría vivir como un arbusto el resto de mis días —musitó.

—Por eso digo que todavía no he encontrado el procedimiento que nos permita conocer esa palabra, sin daño para tu mente. Lys, ¿puedes recordar, sin embargo, que hiciste a continuación del viaje a Kectis?

—Bueno, volvimos al laboratorio...

—¿Seguro?

Ella pareció concentrarse unos momentos.

—¡Aguarda! —exclamó—. No, antes de regresar al laboratorio, hicimos una etapa en Viggx.

Katz arrugó la frente.

—Viggx —repitió—. ¿Qué hicisteis allí?

—No lo sé. Waxmor dijo que tenía que visitar a un amigo, pero no sé quién es ni me dijo los motivos de su visita. Tampoco estimé oportuno hacerle preguntas; parece lógico que un hombre que tiene un amigo quiera visitarlo.

—Sí, desde luego, pero ¿qué hiciste tú?

—Comprar.

—¿Cómo?

Lys sonrió maliciosamente.

—Creí que ya lo sabrías. Viggx es uno de los centros comerciales más importantes del subsector galáctico. Todo lo que no es hierba, agua o árboles, es una tienda.

—¿Venden también esclavas jóvenes y de virginal hermosura?

Ella se ruborizó.

—No seas tonto —respondió—. Viggx es un mundo civilizado, en tanto que Hannorul está poblado por bárbaros, aunque... a pesar de todo, no me gusta que hayas destruido la capital.

—Era una ciudad necesitada de una buena limpieza —respondió Katz sin pestañear—. Ahora la reconstruirán... y algunos, además, empezarán a pensar que es conveniente un gobierno en el que no haya déspotas. Pero eso es cuenta de ellos. A menos que prefieras volver allí, para ser conducida a las habitaciones privadas del nuevo Khan.

—¡No! —gritó ella vivamente.

Katz se echó a reír.

—Celebro tu forma de pensar, Lys —dijo.

De pronto, la joven se puso seria.

—¿Y ella? —murmuró.

Lys se refería a Shaida, quien se hallaba en el inmediato cuarto de baño, cambiándose de ropa. Antes de que Katz pudiera dar una respuesta, Shaida salió del baño y se acercó al hombre, sonriendo hechiceramente.

—Ahora me siento como nueva —declaró.

Inesperadamente, se sentó sobre las rodillas de Katz y le abrazó con apasionada vehemencia.

—¡Mi héroe! —suspiró, a la vez que buscaba sus labios ardorosamente.

De pronto, Shaida sintió que la tocaban en un hombro.

—Déjame —murmuró, viendo que se trataba de Lys.

—Es sólo un momento, preciosa.

Shaida se levantó de mal talante. Súbitamente, Lys golpeó su estómago con el puño izquierdo. Shaida chilló y se encogió sobre sí misma, justo a tiempo de recibir un maligno codazo en el mentón, que la hizo rodar por el suelo, casi sin conocimiento.

Katz se levantó de un salto.

—Preciosa, yo soy neutral... —dijo, a la vez que alzaba Las dos manos.

Lys se le acercó con ojos llameantes. De pronto, disparó la mano derecha. La bofetada sonó como un trallazo y Katz volvió a caer sentado de nuevo en el sillón.

—Ahí la tienes —dijo Lys, a la vez que salía dando un portazo—. Es toda tuya.

—Qué mujer, vaya genio —murmuró Katz, con la mano en la mejilla golpeada, sintiendo al mismo tiempo un terrible zumbido en el

oído de aquel lado—. El día que se case, será como la mujer de los chistes, que espera al marido detrás de la puerta, con el rodillo de amasar en las manos.

* * *

El viaje a Viggx se realizó con toda felicidad, aunque las dos mujeres, con no poca satisfacción de Katz, permanecieron todo el tiempo encerradas en sus camarotes.

Cuando ya se disponían a aterrizar, Katz llamó a la puerta del camarote de Lys.

Ella abrió de muy mal humor.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Sólo deseo saber una cosa. En qué hotel te alojaste cuando estuviste aquí con Waxmor y si éste hospedó también en el mismo hotel.

—Sí —fue la seca respuesta de la joven.

—Bien, pero ¿cuál es el nombre del hotel?

—Oniryx.

—Hotel de los Sueños —tradujo él de inmediato— No está mal. Bien, ve allí en cuanto hayamos tomado tierra. Toma, aquí tienes mil áureos; puedes salir as compras, pero aguárdame en el hotel dentro de veinticuatro horas.

A pesar del mal humor que sentía, Lys no pudo dominar su curiosidad.

—¿Qué vas a hacer mientras? —inquirió.

—Vender a Shaida. De alguna parte han de salir esos mil áureos —contestó él. señalando el delgado fajo de billetes que había entregado a la joven.

Ella se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiese reaccionar, Katz estaba ya en la cabina de mando.

Cuando ya se disponían a abandonar la nave, Katz le entregó un tubito plástico, en cuyo interior había una píldora de color gris azulado, de medio centímetro de diámetro.

—¿Qué es esto? —preguntó Lys.

—Guárdalo en tu bolso. Cuando vayas a dormir, tómate la píldora. Es lo que podríamos llamar un estimulante de la memoria. Un mnemohipnótico, para que lo comprendas mejor.

—Pero si recuerdo en sueños...

—Lo que ahora está en su subconsciente, aflorará al exterior de la mente y podrás recordarlo perfectamente al despertar. Suponiendo que esa píldora pueda romper el bloqueo que Waxmor originó en tu cerebro, claro.

—Ya entiendo. De modo que mañana, a estas horas, en el

Oniryx.

—Sí —confirmó Katz, a la vez que empujaba a Shaida hacia la salida

* * *

Los ojos del hombre contemplaron con satisfacción su inesperado visitante. Brud de Holl alargó su mano derecha y estrechó con fuerza la del joven, que había aguardado en uno de los reservados del local propiedad del primero.

—Eres la última persona a quien habría esperado ver aquí —dijo De Holl—. Y si mi memoria no me falla, hace nada menos cinco años que no...

—Deja en paz los recuerdos. Eso se queda para los viejos y tú te conservas aun estupendamente. En cambio, veo que no has sabido renovar tu local. De Holl arqueó las cejas.

—Precisamente, el año pasado hicimos reformas a fondo...

—Sí, pero te falta una directora de... diversiones para los clientes, una chica guapa que atraiga a la gente y que, además, te sea fiel.

—No se me había ocurrido la idea, pero, dime, ¿dónde está la joya?

—Espera un momento, antes quiero que me hagas un favor. Brud, contigo es inútil disimular. Tú sabes de sobra quién soy yo y sabes también que, si estoy aquí, no es precisamente por capricho. Escúchame primero con atención; luego hablaremos de tu... directora de diversiones.

De Holl llenó dos copas, mientras el visitante iniciaba su discurso. Cuando Katz hubo terminado de hablar, De Holl se estremeció.

—Diablos, Alban, eso que dices es muy fuerte.

—Parece que es cierto, en todo caso. Tú tienes amistades, relaciones..., en fin, ya puedes imaginarte qué es lo que quiero de ti. Estaré una semana en Viggx; llámame al Oniryx en cuanto sepas algo y yo vendré a verte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Katz sonrió.

—Bien, ahora te voy a presentar a tu directora de diversiones —manifestó, a la vez .que daba un par de palmadas—. Puedes estar seguro de que esta inversión te producirá al menos un aumento de un treinta por ciento en la clientela.

Una puerta se abrió y Shaida, resplandeciente de belleza, con ropas nuevas que Katz le había comprado aquella misma tarde, apareció ante los ojos del dueño del local

—¡Cielos! —exclamó el atónito De Holl.

—¿Por qué no lo dices en singular? —rió Katz—, Shaida, éste es Brud, un buen amigo tuyo y tu patrón a partir de ahora. Aquí estarás mucho mejor que en el palacio del Khan de Hannorul.

Shaida avanzó hacia De Holl y tomó sus manos, a la vez que le dirigía una dulce sonrisa.

—Me gustas —dijo—. Soy tuya, Brud.

De Holl soltó una risita estúpida.

—¿Has oído, Alban? ¡Dice que es mía! —exclamó.

Katz se encaminó hacia la puerta.

—La mayor virtud de Shaida no es su belleza, sino su sinceridad —se despidió, muy serio.

CAPÍTULO IX

Katz se reunió con Lys a la hora señalada. El joven hizo que sirvieran la comida para los dos en el saloncito de la suite que ella había tomado en el hotel.

Por todas partes, se veían trajes nuevos, zapatos, bolsos y objetos de adorno, que indicaban sobradamente el uso que Lys había hecho del dinero que él le había dado.

—No has perdido el tiempo —dijo, al verla de nuevo.

—Pensaba que no te gustaría verme a todas horas con un traje de una sola pieza —respondió ella un tanto desabridamente.

—Por supuesto. ¿Qué tal la píldora?

—Que yo sepa, no he recordado nada de particular. Esta mañana, al despertar, he permanecido unos momentos en la cama, con los ojos cerrados, tratando de memorizar con el máximo de detalles, todo lo que hicimos Waxmor y yo la última vez que estuvimos aquí. Pero no creo haber recordado nada de interés.

—Es un tipo listísimo, no cabe duda. Bien, ése era uno de los recursos y ha fallado por el momento. Tendremos que buscar otros medios.

—¿Los tienes?

—Quizá.

Una camarera entró con el carrito de la comida y la conversación quedó suspendida hasta que estuvieron solos nuevamente.

—Por cierto —exclamó Lys—, todavía no sé si has tenido éxito en tu operación de venta de una esclava.

—El éxito ha sido total —sonrió él.

—¿Te han pagado mucho?

—Me pagarán en informes. Ese es uno de los otros medios que hemos de emplear para alcanzar el objetivo.

Lys se quedó muda de asombro.

—Conque la has vendido para...

Katz captó de inmediato el tono de indignación que latía en las palabras de la joven.

—Aguarda, no te precipites. Simplemente, le he buscado un excelente empleo, en el local de un buen amigo algo mayor que yo, pero muy atractivo... y con relaciones y conocimientos por todas partes. Brud de Holl es el propietario del Thyrnos, uno de los salones más elegantes; de la ciudad y al que acuden personalidades de gran relieve. Por si fuera poco, De Holl sabe de sobra quien soy y le conté los motivos de mi presencia en Viggx Prometió ayudarme, eso es todo.

—A cambio de Shaida.

—¿Quieres que vaya a reclamársela y que se quede con nosotros? Esa chica es guapa, pero no demasiado lista. Su puesto está en un lugar como el Thyrnos y al lado de un hombre como mi amigo, eso es todo — concluyó Katz un tanto malhumoradamente.

—De todos modos…

—De todos modos, eres una mujer detestable —dijo él, a la vez que se ponía en pie y tiraba la servilleta sobre la mesa—. Si Shaida se hubiese quedado en Hannorul, habría muerto linchada, como Kalekh. Era otra víctima del sistema de aquel planeta, muy distinguida, si tú quieres, pero víctima al fin y al cabo.

Katz salió dando un portazo. Lys se quedó sola, muy preocupada, diciéndose que tal vez había exagerado la nota con sus críticas.

Durante el resto del día y de la noche siguiente, permaneció sola. Katz tampoco se dejó ver en los tres días siguientes.

Pero en el cuarto de su estancia en Viggx, Katz entró muy de mañana en su dormitorio y la despertó por el poco amable procedimiento de darle una palmada en el lugar más sobresaliente de su anatomía, teniendo en cuenta que ella estaba boca abajo en aquellos momentos.

—Arriba —dijo Katz—. Tenemos trabajo.

Lys se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con las manos.

—¿No podías emplear otros métodos para despertarme? —se quejó.

Katz entró en el cuarto de baño y abrió los grifos.

—Ya suben con el desayuno —dijo al salir de nuevo al dormitorio—. En cuanto lo hayamos tomado, nos pondremos en campaña.

Ella, esperó hasta quedarse sola. Katz fue al salón y abrió la puerta a la camarera. Dio una propina, agarró la mesita con ruedas y cerró de nuevo.

Desde el baño, Lys hizo una pregunta a gritos:

—Alban, ¿puedo saber, al menos, adónde vamos?

—Claro que sí, preciosa. Vamos a visitar a Toudos, el astrólogo y adivinador.

—Un… un astrólogo… —repitió ella, atónita—. Pero ¿es que quieres consultarle tu porvenir?

—Preciosa, respecto a mi porvenir, ya sé todo lo que es necesario saber —contestó él de buen humor—. Después de todo esto, tú y yo nos casaremos y tendremos seis hijos.

—¡Oooohhh…! —gimió Lys.

—Ni uno menos —confirmó él, muy serio, mientras se ocupaba de llenar la taza de la joven.

* * *

Toudos, el astrólogo, vivía alejado de la urbe, por lo que Katz había alquilado un aeromóvil, en cuya consola de mandos introdujo el programa de vuelo. A continuación, hizo algunos preparativos, cuya utilidad explicó minuciosamente a la joven.

—No entiendo —dijo ella, al terminar—. ¿Por qué tuvo que visitar Waxmor a un astrólogo?

—Eso es lo que vamos a averiguar, preciosa. A mí también me extraña muchísimo, pero Brud es mi amigo y no me engañaría, ni creo tampoco que haya obtenido informes equivocados.

—De modo que te lo ha dicho De Holl...

—Sí. Lys, un consejo, procura hablar lo menos que puedas y no dejes de imitarme en todo, cuando nos hallemos en presencia de Toudos. ¿Has comprendido?

—Descuida, Alban.

Media hora más tarde, una poderosa voz penetró en la cabina:

—Si vienen a visitar al gran Toudos, al hombre capaz de penetrar en los más profundos arcanos del futuro, limpien sus mentes de toda idea maligna, porque Toudos lo ve y lo sabe todo y rechaza a quienes llegar a él con torpes propósitos. Precio de la consulta: veinticinco áureos por persona. Dos personas, cuarenta y cinco.

—Enterados, oh gran Toudos —contestó Katz, a la vez que guiñaba un ojo a la joven.

El aparato descendió. Segundos más tarde, Katz y Lys se hallaban en el jardín de una casa de grandes dimensiones y lujosa apariencia, de un solo piso, con una gran puerta hecha en hierro artísticamente enverjado, que se descorrió silenciosamente a un lado, apenas la pareja dio los primeros pasos.

—Les veo con los ojos de mi mente —dijo la voz—. No piensen en cámaras ocultas, porque estos inventos demoníacos no han tenido entrada en mi casa. Aquí sólo actúan las fuerzas del espíritu. Por favor, el importe de la consulta, en la ranura de la derecha.

Katz sonrió mientras introducía las monedas. Una pared que parecía de cristal y que estaba ante ellos, desapareció súbitamente, dejando ver un pasillo con techos y muros de espejos de vidrio oscuro.

—Sigan recto. Párense cuando vean dos sillas.

Un tanto impresionada, a su pesar, Lys asió la mano de su acompañante. Segundos después, vieron las sillas.

Estaban en una habitación de forma cúbica, con techos, paredes y suelo también de cristal, aunque éstos eran de color negro. No había el menor adorno ni tampoco se divisaba ningún resplandor, excepto el que entraba por la puerta que la pareja acababa de franquear, y que se cerró a sus espaldas, apenas hubieron tomado asiento.

Durante unos instantes, permanecieron sumidos en la oscuridad. De pronto, la pared que tenían frente a ellos se iluminó tenuemente. En el centro, apareció una forma blanca, espectral, alargada.

Era, indudablemente, la figura de un hombre, cubierto con una larga túnica y cuyo rostro aparecía cubierto casi por completo, a causa de la capucha que tenía puesta y que apenas si permitía ver unos labios y el mentón. La aparición extendió sus brazos y clamó:

—Yo soy Toudos, el que predice los movimientos favorables de los astros y adivina el porvenir de las personas. Hablad.

—Me llamo Alban. Ella es Lys. Señor, queremos hacerte unas preguntas —dijo el joven.

—Estoy dispuesto. Mi mente se halla completamente receptiva. ¿Hablarás tú por los dos?

—Sí, señor.

—Empieza —dijo Toudos.

—Señor, las preguntas que queremos hacerte no son referentes de un modo estricto a nosotros dos, sino a la galaxia. ¿Qué suerte correrán todos los sistemas solares, si no son atendidas las peticiones de un vesánico individuo llamado Waxmor?

Después de las palabras de Katz, sobrevino un profundo silencio.

Los brazos del espectro parecieron descender un momento, a causa del asombro que le había causado la pregunta del joven, aunque volvieron casi en el acto a su primitiva posición.

—¡Malditos! —chilló Toudos—, ¡Malditos una y mil veces! Habéis sorprendido mi buena fe y ése es un pecado que yo no puedo perdonar. No se puede engañar al gran Toudos, sin sufrir el castigo adecuado... ¡y ese castigo es la más horrible de las muertes!

Súbitamente, el suelo se abrió bajo los pies de los visitantes. Abajo, a treinta metros de profundidad, se oyeron los horripilantes chasquidos de una mandíbula de pavorosas dimensiones.

* * *

Dos sillas cayeron al pozo. Las mandíbulas destrozaron los muebles en contados segundos. Sin embargo, Katz y Lys permanecieron suspendidos en el aire.

Toudos les miró atónitos. De pronto, Katz se lanzó hacia adelante con el ímpetu de un proyectil.

No menos asombrada que el propio Toudos, Lys vio que Katz chocaba contra una pared de vidrio, protegiéndose la cara y el cráneo con las manos, la cual saltó en mil pedazos, con cristalino estruendo. Katz rodó por el suelo un par de veces y se levantó ágilmente, antes de que el hombre sentado al otro lado, tras una mesa, pudiera reaccionar.

En la mano de Katz había surgido una pistola como por arte de

magia.

—¡Quieto! —dijo, cuando vio que Toudos metía su mano en un cajón—. Suelta eso o te convierto en humo.

Terriblemente asustado, Toudos se puso en pie. Era un hombre alto y delgado, de rostro huesudo y nariz angulosa, cuya indumentaria era en todo distinta a la que los visitantes habían visto proyectada en la pantalla de vidrio deslustrado.

—Ven, Lys —llamó el joven.

Ella flotó en el aire y se posó en el suelo de la estancia. Katz sonrió.

—Cinturones antigravedad —explicó sucintamente.

Toudos procuró rehacerse.

—Está bien, hay trucos, sí. ¿Y qué? La gente desea que se le engañe, pero...

—No nos importan tus trapacerías ni tus estafas, sino el contenido de la conversación que Waxmor sostuvo contigo hará cosa de un año.

—Amigo mío, yo puedo ser un embaucador, si lo prefieres así, pero soy discreto con mis clientes. Nunca revelo...

Katz rodeó la mesa y se situó junto a Toudos, cuyo brazo derecho agarró, para retorcerlo a su espalda.

—Tu secreto profesional me importa un rábano —dijo.

—Alban, por favor... —suplicó la joven.

—Lys, la suerte de cientos de miles de millones de personas depende de unas cuantas —respondió él duramente—. ¿Acaso no recuerdas que ha querido matarnos, sólo porque le preguntamos por Waxmor? Anda, da media vuelta y asómate al pozo. Lo de las arañas gigantes de Kectis habría sido caricias comparado con lo que este bergante quería hacernos.

Movida por la curiosidad, Lys retrocedió unos pasos y adelantó el busto. Inmediatamente, lanzó un grito de horror.

Abajo, a unos treinta metros, en un estanque de grandes dimensiones, se movían unos seres de pesadilla, cangrejos de tamaño descomunal, con el cuerpo de una tortuga y unas pinzas capaces de partir una pierna humana de un solo golpe y sin la menor dificultad.

—¿Has visto ya? —preguntó Katz.

—Sí... —respondió la joven con voz desfallecida.

—Entonces, si no te importa, voy a continuar retorciendo un brazo, hasta convertir sus huesos en puré.

Toudos lanzó un horrible chillido.

—¡Basta, basta, lo diré todo! —gimió.

Katz sonrió satisfecho. Aflojó la presión un poco, aunque no por completo.

—Empieza ya, te escuchamos —indicó.

—Waxmor es mi hermano… —confesó el astrólogo abatidamente, con gran sorpresa de sus visitantes.

CAPÍTULO X

—¡Caramba, quién lo hubiera sospechado! —exclamó Katz—, Bien, ¿de qué trató la conversación fraternal?

—Me dejó un aparato... Sólo dijo que lo guardase pero que hiciese presión en el cuarto botón de la primera fila, cuando recibiese la señal convenida. No me dijo más, lo juro.

—Te creo. Pero ¿cuál es la señal?

—«Una piedra en la charca.»

Katz arqueó las cejas.

—Muy adecuado —murmuró, recordando una metáfora que ya había oído tiempo atrás—. ¿Cómo llegará la clave?

—Un espaciograma. Contendrá un texto corriente, pero también esa frase. Entonces, yo...

—No sigas. Dame el aparato.

—No lo tengo aquí.

Katz miró de reojo astrólogo.

—Toudos, si tratas de engañarme...

—Soy sincero. Por favor, créeme.

—Está bien. —Katz soltó a su prisionero—, Caminí delante y no intentes gastarnos una mala pasada, porque tú serás el primero en lamentarlo.

Toudos dio un par de pasos fuera de la mesa. De súbito, se abalanzó sobre la joven.

Lys, asustada, pero también ágil, saltó hacia atrás. Toudos, fallado el golpe, dio un par de pasos y saltó al vacío, dejando tras sí la estela de un horripilante alarido.

Katz maldijo en voz baja. Luego se inclinó sobre el pozo.

Abajo, una forma humana se debatía enloquecidamente, luchando con frenesí contra una docena de pinzas que mordían y cortaban implacablemente. De pronto, una de las pinzas alcanzó el cuello y los movimientos de Toudos cesaron casi en el acto.

Lys se había vuelto de espaldas para no contemplar el horrible espectáculo.

—¿Por qué...? —gimió.

—Tal vez quería tomarte como rehén, pero tú actuaste con mucha agilidad —contestó Katz—. De todos modos1, algo hemos averiguado... y a fin de cuentas, ese canalla no ha hecho sino recibir una dosis de la propia medicina qué él mismo habrá aplicado a Dios sabe cuántas personas.

Lys procuró rehacerse.

—Ahora no tenemos esa caja de control —dijo.

Katz sonrió.

—Pero somos los dueños de la casa —alegó.

Un cuarto de hora después, encontraron la caja, semejante a una maleta de no excesivo tamaño. Katz, luego de estudiarla unos momentos, decidió que más tarde haría un examen completo del aparato.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó ella.

—Estamos invitados a cenar —contestó Katz—. Volveremos al hotel, te pondrás uno de los trajes que has comprado y cenaremos con unos buenos amigos. Tienes que demostrar que has sabido gastar el dinero que te di, ¿comprendes?

Lys sonrió maliciosamente.

—Si ese dinero procedía de los fondos que te dieron para la operación, tu jefe no tendrá que lamentar el gasto —contestó.

El vestido era de falda larga, muy ajustada, abierta por el lado izquierdo hasta la cadera. En la parte delantera llevaba dos tiras de la misma tela, negra, que iban de la cintura hasta el borde superior de los hombros, donde quedaban suavemente adheridas mediante una goma especial, orgánica, de fácil disolución tras el uso. Las tiras tenían sólo cuatro centímetros de anchura. Naturalmente, no había tela en la espalda.

Katz se quedó embobado al verla. De Holl, que era el anfitrión, dijo que, por suerte, había conocido a Shaida antes. Shaida era el cuarto comensal.

La cena transcurrió agradablemente. Al final, De Holl quiso saber el resultado de la entrevista de Katz con el astrólogo. Katz le contó lo más interesante.

De Holl se quedó muy pensativo.

—Últimamente, se habían echado en falta a bastantes personas —dijo—. Nadie sabía qué había sido de ellas, pero todas tenían un punto en común: eran distinguidos clientes de Toudos.

—Entonces, no sigas. Cuando puedas, haz que investiguen sus cuentas corrientes y también los testamentos de esas personas desaparecidas —aconsejó el joven—. Es probable que todos ellos fuesen gente crédula, capaces de tragarse los mayores embustes imaginados por un embaucador tan desaprensivo como avaricioso.

—Lo haré, te lo aseguro —respondió De Holl—. ¿Cuándo emprendes la marcha, Alban?

—Mañana, sin falta. —Katz levantó la copa—. Por la directora de diversiones del Thyrnos y por su dueño —brindó.

Shaida se ruborizó intensamente.

—Brud quiere que sea su esposa —dijo.

Katz meneó la cabeza.

—Él siempre quiso ser soltero. No debí haberte traído a Viggx —exclamó maliciosamente.

Sonaron algunas risas. Pero, por dentro, Katz se sentía muy

serio, porque era poseedor de un aparato cuya utilidad ignoraba por completo y del que sospechaba era capaz de contribuir a la destrucción de una galaxia entera.

* * *

Después de conectar el piloto automático, Katz se volvió hacia la joven.

—Lys, enciérrate en tu camarote, con la cinta que grabaste en sueños mientras te curabas de la urticaria causada por los hilos de la araña gigante. Óyela una y otra vez, mil, si es preciso; pero quiero que llegues a saberte todas las palabras de memoria. Quizá alguna ellas sea la clave que estamos buscando. ¿Lo has emprendido?

—Sí, desde luego. ¿Qué harás tú mientras tanto?

Katz se puso en pie.

—Esta nave dispone de un pequeño taller, para reparaciones menudas, en el cual me voy a encerrar yo también, a fin de averiguar qué diablos hay en la caja de Toudos —contestó.

Transcurrieron veinticuatro horas, durante las cuales el trabajo de ambos se vio interrumpido únicamente para las comidas, Lys durmió un poco, pero Katz permaneció en vela, hasta que, al fin, consiguió hallar la solución.

—Me voy a dormir —anunció—. Ya sé qué hay en esa maldita caja, pero antes de seguir, necesito ocho horas de sueño.

—No te preocupes —sonrió Lys—; yo vigilaré los instrumentos mientras descansas.

Al despertar, Katz se encontró con un suculento desayuno, que había preparado Lys. Dejó vacíos los platos y miró sonriente a la joven.

—Vamos a Ow-Taxur —anunció.

Lys se sentó frente a él, con las cejas arqueadas en un gesto de evidente interrogación.

—Nunca he oído hablar de ese planeta —dijo.

—Taxur y Ow-Taxur constituyen un sistema binario, no precisamente porque ambos estén en el mismo sistema estelar, sino por ciertas características geológicas, que los hacen tan iguales como puedan ser dos hermanos gemelos monoovulares. Lo único que sucede es que la órbita de Ow-Taxur es algo más amplia que la de Taxur, con la peculiaridad de que ninguno de ambos se encuentra jamás en sus giros en torno a la estrella que es el sol de ese sistema.

—Si se encontrasen, habría una colisión...

—Perdona, quizá no me he explicado bien. Lo que quería decir es que Taxur y Ow-Taxur están siempre en oposición, es decir, el uno frente al otro, pero con Khairox-5, que es su sol, entre ambos. En ese

sistema hay planetas que, en sus órbitas, como pasa en el sistema solar, se interponen entre su sol y otro planeta, lo que produce un eclipse. Igual pasa con la Tierra y la Luna.

Si es ésta la que se pone delante del Sol, hay eclipse de Sol. Si es la Tierra la que se sitúa entre el Sol y la Luna, hay eclipse de Luna. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí. Taxur y Ow-Taxur jamás se eclipsan el uno el otro.

—Exactamente. Por tanto, es en Ow-Taxur donde debimos encontrar el aparato que debe arrancar a su gemelo de la órbita que sigue actualmente. O, en caso contrario es decir, si se accede a las pretensiones de Waxmor convertir al primero en polvillo cósmico.

—Pero si sucediera esto que has dicho en último lugar el sistema de Khairox-5 se desequilibraría...

—Ow-Taxur corregiría un poco su órbita, hacia adentro, ocuparía el puesto de su gemelo y eso sería todo Pero lo mismo haría en el caso de que Taxur fuese arrancado a su sistema solar.

—Entonces, Taxur se convertiría en la piedra lanzada a la charca.

—Exactamente.

—Muy bien, y ahora, por favor, ¿dime cómo has llegado a esa conclusión?

Katz sonrió levemente.

—Preciosa, la caja que nos encontramos en casa de Toudos es, ni más ni menos, que una emisora de radio de ciertas características. Conociendo su funcionamiento, se puede averiguar las frecuencias en que actúa. Y como son frecuencias subespaciales, cada una de ellas está orientada, inexorablemente, en una sola dirección. Esas frecuencias no son precisamente ondas hertzianas, como las de una simple emisora de radio, sino que tienen una precisión elevadísima... Es como si encontrases una docena de fusiles y supieses que uno de ellos ha de matar a una persona. Basta saber dónde se encuentra esa persona, para que, por la dirección del cañón de! fusil, sepas cuál ha de ser el que produzca el disparo fatal.

Lys hizo un amplio gesto con la mano.

—Te has explicado con meridiana claridad —dijo—. ¿Y qué distancia nos separa de Ow-Taxur en la actualidad?

—Cinco meses luz, lo que supone realmente, cuatro días de viaje. En ese tiempo, terminaré de hacer los preparativos para el desembarco en Ow-Taxur.

—Parece que ese desembarco puede resultar peligroso —opinó la joven.

Katz miró fijamente a Lys, aunque sonreía.

—Preciosa, no quiero anticiparte los peligros con los que nos podemos encontrar, porque tienes un pelo muy bonito y no quiero que

encanezcas antes de tiempo —contestó.

* * *

Aunque la atmósfera era respirable, resultaba preciso emplear trajes refrigerantes, debido a la elevadísima temperatura que reinaba en la superficie de Ow-Taxur. El sol parecía fundir las piedras del suelo, en el que no se divisaba la menor mancha de verdor. El cielo tenía una tonalidad casi violeta y las sombras resultaban nítidas, sin la menor zona de penumbra entre el trozo protegido del sol y el expuesto a los feroces rayos de Khairox-5.

El termómetro marcaba 48° a la sombra. Al sol, la temperatura era superior a los 60°. El suelo resultaba quebradizo a las pisadas.

—Por las noches, debe de hacer un frío horroroso —dedujo Katz.

Los trajes refrigerantes eran herméticamente cerrados, debido al espantoso calor que reinaba en aquel atormentado lugar. Katz y Lys se comunicaban por la radio de las respectivas escafandras.

Katz llevaba en las manos un detector especial, con el cual esperaba localizar el punto donde se hallaba la máquina inventada por Waxmor y que lo mismo podía arrancar a un planeta de su órbita, que convertirlo en polvillo cósmico. Mientras caminaban, con la vista fija en los instrumentos del detector, Katz maldijo a los científicos chiflados y megalómanos, que eran capaces de cometer las más absurdas barbaridades con tal de satisfacer un ego, rebosante de satánico orgullo infinito.

Lys caminaba a su lado, observando con ojos atentos el paisaje que les rodeaba. Al fondo, se divisaba una cadena de colinas de contornos ásperos y atormentados, con abundantes rocas de color negruzco. En el suelo, de cuando en cuando, se divisaban largas grietas de pavorosa profundidad, abiertas por las contracciones de una atmósfera sometida a cambios de temperatura que, en veinticuatro horas, podían oscilar más de cien grados.

De pronto, Lys se sintió extrañada de algo en lo que no había reparado hasta el momento.

—Alban, ¿cómo es posible que haya aire respirable en este planeta en el que sólo se ven rocas y arena?

—Oh, es que hemos venido a parar a la zona peor la del Desierto Infinito, según consta en los mapas. Pero más de la mitad del planeta está ocupada por vegetales, la temperatura es mucho más soportable y hay animales de todas clases. Si no fuera así, no habría aire.

—Lo cual significa que Waxmor escondió su máquina en estos parajes.

—Según la caja que le quitamos a su difunto hermano, así es. Las indicaciones de las frecuencias subespaciales nos trajeron

directamente a Ow-Taxur y a este desierto pero también esas ondas, a la larga, sufren una cierta dispersión. Por eso no hemos podido aterrizar sobre el punto exacto.

—¿Es muy grande la dispersión?

—En el suelo, representa la base de un cono, de cinco o seis kilómetros de diámetro, por cien mil de altura. Hasta estos cien mil kilómetros, viajamos en línea recta; a partir de aquí y una vez conocida la cifra máxima de dispersión, tenemos que...

—Por favor, no necesitan seguir buscando. Ya lo han encontrado —dijo de pronto una voz, a espaldas de la pareja.

CAPÍTULO XI

Lys emitió un pequeño grito de susto. Katz se inmovilizó en el acto, porque sospechaba que alguien le apuntaba con un arma.

Sonó una risita burlona.

—Celebro su inteligencia, Alban —dijo el mismo que había hablado antes—. Sí, hay un par de pistolas desintegrantes que le apuntan. Por eso le recomiendo que siga como está, sin mover en absoluto ni una pestaña.

—¿Profesor Waxmor?

—El mismo. ¿Qué tal, Lys?

—Profesor, ¿por qué ha hecho todo esto? —exclamó la joven—. Yo le apreciaba a usted...

Waxmor no dejó que Lys continuase hablando.

—Querida, tengo mis planes y, como comprenderás, no voy a permitir que nada ni nadie interfiera en ellos. De todos modos, tú eres una chica afortunada, porque sobrevivirás.

—¿Qué quiere decir con eso, profesor? —gritó ella.

—Simplemente, que a ti te dejará viva y a mí me matará —dijo Katz sin perder la calma.

Lys se volvió bruscamente.

A cinco pasos de distancia, vestidos todos con trajes refrigerantes, había siete hombres, uno de los cuales aparecía destacado un par de pasos del resto. A pesar de la visera de vidrio oscuro, que protegía los ojos contra el quemante resplandor del sol, Lys pudo reconocer las facciones de Waxmor.

—Profesor, si le mata a él, tendrá que matarme a mí también —exclamó con gran vehemencia.

Waxmor arqueó las cejas.

—Vaya, te has enamorado —comentó.

—Sí —admitió ella—. Le quiero y moriré si él muere.

Se oyó una risita burlona.

—Nadie muere de amor en estos tiempos —dijo Waxmor cínicamente—. A ti te aprecio demasiado, muchacha; por eso continuarás viva.

—Le diré una cosa, profesor. Si Alban muere, será mejor que me mate, porque yo dedicaré el resto de mis días a buscarle a usted, para matarle, aunque llegue al puesto más elevado de Stallion.

—Oh, qué drama —se burló Waxmor—. Pero con respecto a ti, tengo otros planes... y ya los conocerás en el momento adecuado. ¡Muchachos, ya saben lo que tienen que hacer! —ordenó.

De los seis acompañantes de Waxmor, dos se precipitaron sobre

la joven, a la que sujetaron por los brazos. Los cuatro restantes levantaron en vilo a Katz, llevándolo al pie de una roca, que se elevaba del suelo a unos doce o catorce metros de altura.

Los que sujetaban a Lys la arrastraron para que pudiera ver la suerte que iba a correr el joven. En pocos momentos, Katz quedó completamente despojado de su equipo e indumentaria, a excepción de un diminuto slip.

Había hincadas en el suelo cuatro recias barras de metal, formando un cuadrado de unos cinco metros de lado. Katz fue obligado a tenderse sobre la arena candente.

Cuatro argollas se cerraron inmediatamente sobre sus muñecas y tobillos. Cada argolla estaba unida a un sólido cable de acero el cual, a su vez, terminaba en una de las estacas de hierro.

—Ese cable es capaz de resistir una tracción de casi cien toneladas —dijo Waxmor, una vez hubo terminado la operación—. Por tanto, no podrá soltarse.

—Sí, ya veo —contestó el joven tranquilamente.

—La sombra avanza hacia usted, de modo que antes de un cuarto de hora, ya estará protegido de los rayos del sol. Pero la temperatura baja muchísimo durante la noche; a veces, el termómetro se pone en doce y hasta quince grados negativos. Si resiste, a las siete de la mañana, el sol empezará a dar sobre su cuerpo. Teniendo en cuenta que son las cuatro de la tarde, ¿puede imaginarse el resto?

—Profesor, venga mañana a las cuatro y diez, con cuchillo y tenedor. Podrá cortar unos cuantos filetes de carne bien braseada. Con un poco de sal y una botella de vino, usted se sentirá en sus glorias —dijo Katz con burlón acento.

—No soy antropófago —refunfuñó Waxmor—. Ni tampoco me gusta torturar a nadie innecesariamente...

—Lo cual significa que hay veces en que encuentra necesaria la tortura.

—Sí, cuando se trata del asesino de mi hermano. ¡Vámonos ya!

Un minuto después, Katz quedaba solo, enfrentado con un horrible destino.

* * *

Por fortuna, la sombra llegó a aliviar el tormento que sufría el joven. Aún faltaban casi tres horas para que el sol se ocultase en el horizonte, pero Katz sabía que, a partir de aquel momento, la temperatura bajaría con la misma velocidad que un hombre que se tirase de cabeza a un río.

Había que soltarse de aquellas ligaduras. De momento, sólo necesitaba disponer de una mano libre. Empezó por la derecha.

La argolla, ancha como una muñequera corriente de cuero, estaba muy ajustada al miembro. Katz meditó unos momentos.

Lo que iba a hacer era sumamente arriesgado.

Podía morir, si no actuaba con rapidez. Pero, sobre todo, con puntería.

Lentamente, empezó a segregar saliva. Al mismo tiempo, alzaba y ladeaba la cabeza cuanto podía hacia su derecha. Si fallaba aquella intentona, podía considerarse muerto.

Cuando tuvo la boca llena de saliva, la apartó con la lengua a un lado, Luego mordió una de sus muelas.

Unas gotas de líquido brotaron del hueco. Katz las mezcló instantáneamente con la saliva, sintiendo al mismo tiempo un vivísimo ardor en las fauces. Medio segundo más tarde, un líquido proyectil partía hacia la argolla.

El salivazo alcanzó su blanco. Katz tensó los músculos del brazo derecho y observó el humear del hierro corroído por el ácido. Al cabo de cinco segundos, pegó un potentísimo tirón.

La argolla cedió inmediatamente, Katz agarró un puñado de tierra y se lo metió en la boca, mezclándolo con la saliva, a fin de atenuar los efectos del ácido. Sabía que ello le provocaría una sed enorme, pero debía hacerlo.

AI cabo de unos momentos, escupió el barro pegajoso. Hubiera dado algo bueno por un gran vaso de agua, pero sabía resignarse a las circunstancias.

A continuación, alargó la mano libre y metió la uña del pulgar bajo la piel del muslo izquierdo, a mitad de camino entre la rodilla y la cadera.

Una fina tira de algo que parecía piel, incluso con vello, se despegó del miembro. Bajo aquella tira, había una fina sierra de unos veinte centímetros de longitud, por cuatro milímetros de ancho, con el aditamento de un trozo algo más amplio, a fin de que pudiera ser sujetada al menos por dos dedos.

Katz se volvió ahora hacia su izquierda. Aquella sierra habría podido cortar incluso diamantes, el mineral más duro que se conoce en la naturaleza. Diez minutos después de iniciada la tarea, Katz había conseguido segar el cable que sujetaba su muñeca izquierda, a ras de la argolla.

Dejó el ancho aro de metal, ya que no le estorbaba ni la opresión sobre el miembro resultaba perniciosa. Además, al no haber cadena, no quedaban eslabones colgando que pudieran hacer ruido.

Ahora ya se podía sentar y trabajar con mucha mayor comodidad. Situándose en la posición más conveniente, empezó a serrar los cables que ligaban sus piernas a las estacas de metal.

A los treinta minutos de haber iniciado las operaciones, estaba

libre.

Ahora debía resolver un problema. Simplemente, ignoraba el lugar adonde Waxmor podía haberse llevado a Lys. Si habían abandonado Ow-Taxur y, además, se habían llevado su nave, la situación en que quedaría no iba a resultar nada agradable.

Sin embargo, Katz tenía el presentimiento de que la guarida de Waxmor no podía hallarse muy lejos.

* * *

Aún quedaban dos horas de sol. Lo primero que hizo Katz fue arrancar una de las estacas. Hincada profundamente en el suelo, la tarea no resultó fácil, pero, al fin, consiguió una vara de metal de más de un metro de largo por dos centímetros de grosor, terminada en punta de arpón. En las manos de un hombre fuerte y robusto como él, la barra de hierro era un arma formidable.

A continuación, se inclinó y empezó a dar vueltas alrededor del lugar donde había sido estacado. Había trozos pedregosos, pero también abundaba la arena. La ausencia total de viento había permitido que se conservasen las huellas de pisadas con toda nitidez.

Katz siguió el rastro durante un centenar de metros. Luego, al otro lado de un elevado paredón de rocas, divisó huellas de las ruedas balón de un todo terreno. Su nave, sin duda, había sido trasladada a alguna parte por los secuaces de Waxmor.

Las rodadas del vehículo seguían rectamente la dirección nordeste. Katz estaba descalzo, pero ello no le importó en absoluto. Procuraba marchar sobre la arena, aunque, de cuando en cuando, se veía obligado a dar un rodeo, a fin de evitar trozos abundantes en piedras.

Por fortuna, también halló zonas en las que abundaban las rocas lisas, como lápidas de sepultura. Al oscurecer, encontró algo singular.

Era una especie de camino hecho de grandes losas, de cantos redondeados, una especie de vía romana, acaso construida miles de años antes por algunos de los primitivos pobladores de Ow-Taxur, quienes más tarde, en vista del deterioro del clima, habían emigrado a lugares más acogedores. Katz examinó el terreno a ambos lados de la calzada, sin encontrar más huellas de las ruedas.

Ya no cabía la menor duda: el automóvil de Waxmor había utilizado aquella singular carretera.

El cielo era completamente violeta cuando se detuvo, con los puños en las caderas, contemplando la calzada de losas, que se perdía, recta, en el horizonte, para terminar, aparentemente, al pie de la cadena de lomas escarpadas. Debía de haber unos cuatro kilómetros, calculó.

* * *

En cuclillas, aguardó a que se hiciera de noche por completo. Las estrellas brillaban heladamente en un cielo sin una sola nube. Sobre la piel desnuda del terrestre descendió un frío glacial.

Entonces, Katz se irguió y empezó a trotar.

No quería ni necesitaba correr. Aquel trote sostenido era suficiente para sus planes. Estaba seguro de que su nave había sido detectada por Waxmor, quien había logrado situarse con tiempo suficiente para sorprenderles por la espalda.

A fin de cuentas, Waxmor sabía ya que su hermano había muerto. Por tanto, debía de esperar visitas inconvenientes.

Era un razonamiento completamente lógico. Pero Waxmor había cometido un error.

—Tenía que haber traído consigo un aparato de Rayos X —murmuró, sonriendo, sin dejar de mantener el ritmo de su paso gimnástico.

Así hubiera localizado la sierra, que le había permitido liberarse sin demasiadas complicaciones. Lo realmente peligroso había sido destruir una de las argollas con el ácido. El resto…

Veinte minutos después de iniciada la marcha, se encontró al pie de un enorme paredón rocoso. Ow-Taxur tenía un satélite muy pequeño, que enviaba algo de luz a la superficie. Katz pudo ver así que aquel pretendido muro de piedra era la fachada de un templo tallado en la roca viva.

A cien metros de distancia, contempló las maravillosas esculturas que ignorados artífices habían realizado cientos o miles de años antes y que ya aparecían, en algunos lugares, borradas en parte por la erosión de los vientos y de la arena. Pero lo que le interesaba, en verdad, era el gran portón que aparecía en el centro de la fachada.

Era una puerta de una sola hoja y su aspecto indicaba una construcción muy reciente: tal vez unos pocos años antes, o quizá solo meses.

Era de metal liso, mate, con el aspecto de resistir los mayores proyectiles de artillería con toda facilidad. De haber llevado puesta su indumentaria habitual, Katz hubiese dispuesto de medios suficientes para forzar aquel paso infranqueable.

Pero ahora sólo tenía una barra de hierro en las manos y, en aquellas circunstancias, sólo le servía para llamar a la puerta… cosa, por otra parte, que era lo último que deseaba hacer.

De pronto, oyó un leve zumbido.

Inesperadamente, el gran portón empezó a deslizarse a un lado.

* * *

La noche, de ambiente glacial, y la absoluta quietud de la atmósfera, hacían que los sonidos se propagasen con toda nitidez. Katz actuó con la agilidad de un felino y se lanzó a un lado, saliéndose de la calzada, en donde sabía que su silueta podía ser divisada con toda facilidad.

Un segundo más tarde, quedó en el suelo, encogido sobre sí mismo, con las piernas replegadas y la cabeza oculta entre los brazos, en posición fetal. Estaba a una docena de metros de la calzada de losas y cualquiera que lanzase una mirada distraída en aquella dirección, sólo vería una roca más de las que abundaban frente al templo.

Dos individuos hablaban en la puerta. La voz de uno de ellos pertenecía indudablemente a Waxmor.

—Sheimos, no me fío del espía —dijo el científico—. Ese tipo es capaz de todo.

—Estaba bien sujeto…

—Sí, pero aun así, lo he pensado mejor. Los hombres de su clase están perfectamente entrenados para toda clase de situaciones. Sería capaz de sobrevivir en una caldera llena de plomo hirviente o en el interior de un bloque de hielo. Sheimos, no podemos correr riesgos, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Cuando llegues allí, usa tu navaja. Con un corte de dos centímetros en el lado izquierdo del cuello, será suficiente. No olvides la contraseña a la vuelta.

—Está bien. ¿Algo más?

Waxmor entregó un objeto a su esbirro.

—Toma un par de fotografías —dijo—. Quiero cerciorarme de que Katz está muerto.

—Lo estará dentro de diez minutos, se lo aseguro.

Las voces cesaron y Katz oyó el característico zumbido de un motor eléctrico que se ponía en funcionamiento.

Miró por debajo de su brazo izquierdo, sin variar de postura. Unos potentes focos se encendieron. Pese a todo, pudo distinguir que el portón se cerraba al otro lado del vehículo que acababa de iniciar la marcha.

CAPÍTULO XII

Katz dejó que el automóvil pasara por delante de él. Entonces, se levantó de un salto, corrió con la velocidad de un gamo y saltó a la zaga, antes de que el desprevenido conductor pudiera darse cuenta de lo que sucedía.

Sheimos advirtió que tenía un polizón a bordo sólo cuando una poderosa mano le arrancó de un tirón la capucha con la que se protegía del frío. En el mismo instante, sintió en el lado derecho de su cuello el contacto de una cosa fría y puntiaguda.

—¡Para o te degüello!

Sheimos obedeció en el acto, temblando de pánico. El mismo era uno de los que habían hincado las barras de hierro en el suelo y sabía que en la parte hundida en tierra, la barra terminaba en una especie de arpón, que impediría que nadie pudiera sacarla a tirones. Aquel arpón era el que rozaba su cuello y si el hombre que le sujetaba por el pelo había podido liberarse de su estacada, con más razón podía matarle.

El automóvil se detuvo. Katz tiró la barra a un lado. Luego, de pronto, asió al sujeto por debajo de los sobacos, lo elevó a pulso y lo lanzó a varios metros de distancia del coche.

Sheimos cayó al suelo, con enorme golpazo. Quedó aturdido, cosa que, por otra parte, ya esperaba Katz. Antes de que el individuo consiguiera recuperarse, Katz ya estaba a horcajadas sobre él, de nuevo con la barra, que ahora oprimía su cuello contra el suelo.

—Tienes tres segundos para decidirte —dijo, torvo—. ¿No te imaginas lo que quiero saber?

—La... la contraseña...

—Exactamente.

—Debe hacerla con los focos del coche. Cinco destellos seguidos, uno, cuatro y dos. El portón se abrirá por sí solo...

—Sheimos, espero por tu bien que me hayas dicho la verdad. Si se trata de un engaño para salir del paso, cuenta que volveré a despellejarte. ¿Está claro?

—He sido sincero...

—Es lo que más deseo. Ah, me olvidaba. ¿Cómo está la prisionera?

—Bien, aunque el profesor la está sometiendo a un tratamiento...

—¿Tratamiento? —se extrañó Katz.

—Sí, creo que esa chica no está bien de la cabeza y el profesor quiere curarla. Eso es todo lo que sé, señor, se lo juro.

Katz apretó los labios. Demasiado se imaginaba la clase de

tratamiento a que era sometida Lys en aquellos momentos.

—Muy bien, gracias, muchacho.

Katz se separó ligeramente de Sheimos, quien aprovechó para empezar a levantarse. Pero apenas había alzado un poco la cabeza, algo chocó contra su mentón con enorme dureza y perdió el conocimiento.

Minutos más tarde, Katz se había puesto las ropas del esbirro, al que, para mayor seguridad, ató de pies y manos con una cuerda hallada en la caja de pertrechos del automóvil. Al terminar, calculó el tiempo empleado.

Los minutos que faltaban para simular un regreso normal le parecieron siglos. Por fin, pudo situar el automóvil frente al gran portón y lanzó la clave convenida con los faros.

* * *

La enorme puerta de metal se deslizó lentamente a un lado. Katz guió al automóvil con la mano izquierda, mientras que con la derecha se apoyaba en la pistola desintegrante que formaba parte del equipo de Sheimos.

Al otro lado de la entrada divisó una gran nave, de roca, con muchas esculturas, brillantemente iluminada y con el pavimento completamente liso. El interior del templo abandonado era grande, pero no lo suficiente para contener una astronave. Se preguntó dónde habría quedado la suya.

Un hombre salió a su encuentro, moviendo la mano significativamente.

—Ya es bastante, Sheimos —dijo.

Katz paró el vehículo. De pronto, el otro se dio cuenta de su error y retrocedió un paso, a la vez que intentaba sacar su pistola.

—Lo siento, amigo —dijo Katz fríamente, después de anticiparse en la acción.

El individuo se había convertido en humo. Otro apareció de pronto y alzó las manos apenas se vio encañonado por una pistola desintegrante.

—Eres listo, espía —dijo admirado.

Katz se echó a reír.

—Tú lo eres más, puesto que has levantado las manos en el acto —contestó—. ¿Dónde están el profesor y su paciente?

—Ahí, a tu izquierda.

Katz no quiso volver la cabeza. Movió la mano armada y señaló al sujeto la puerta por la cual había salido.

—Los otros, supongo, están ahí —dijo.

—Sí. Duermen…

—Anda, ve a dormir tú también. De este modo, puede que salves la vida.

El esbirro se encogió de hombros.

—Sabía que no podía terminar bien —dijo, filósofo.

Katz caminó detrás de él.

—Te lo ruego, no organices ningún jaleo. Piensa que todo el oro que os haya prometido el profesor, vale lo que vuestras vidas. ¿Has oído hablar de los agentes de la Coordinación de Inteligencia del Sistema Solar?

—Creo que tienen derecho a matar...

—Están facultados por la ley, para ser jueces, jurados y verdugos. Luego, naturalmente, tienen que justificar sus acciones, pero eso, ¿qué les importa ya a los muertos?

—Sí, tienes razón.

El hombre ya no dijo más. Katz le hizo pasar al otro lado, cerró con llave y la tiró a un lado.

Acto seguido, cruzó la nave para situarse frente a la puerta señalada por el esbirro. Abrió lentamente y vio a Waxmor y a Lys.

Lys se hallaba situada sobre lo que parecía una hamaca recta, inclinada en un ángulo aproximado de 45° y sujeta a la misma por sendas abrazaderas que sujetaban sus muñecas y tobillos, además de una ancha faja que iba desde el pecho a las caderas.

La joven tenía los ojos cerrados. En torno a su cabeza, que quedaba casi al aire, tenía una especie de semiesfera, hecha de numerosas capas de finísima red metálica, de plata o platino, según apreció Katz a primera vista, y de la que partían cientos de finísimos hilos, que se agrupaban por series en cables más gruesos, los cuales, finalmente, se reunían en uno solo que desaparecía en el suelo.

Waxmor estaba vuelto de espaldas en aquel momento, frente a una consola de control, de enormes dimensiones, para cuyo manejo necesitaba de una silla giratoria, con ruedas, que se movían sobre unos carriles, al menor toque de uno de los pies. Sobre la consola había una infinidad de pantallas, todas ellas en funcionamiento y de las que brotaban continuamente infinidad de chispazos y destellos de todos los colores.

A la izquierda, había una colosal pantalla, de más de diez metros de lado, semejante a la de un cinematógrafo. También estaba en funcionamiento y en ella se divisaba, flotando en el espacio, un planeta de color dorado, que resaltaba espectacularmente contra el fondo del cielo negro, salpicado por miríadas de estrellas.

Waxmor no se había dado cuenta todavía de la presencia del joven en la estancia. Katz avanzó, de puntillas, y, situándose junto a Lys, le quitó el casco, que dejó en el suelo sin hacer el menor ruido.

En aquel instante, Waxmor tomó un micrófono:

—Lys Zain, te ordeno que olvides todo cuanto se refiere a Alban Katz. ¿Me has comprendido?

Katz aflautó la voz:

—¡No me da la gana, sinvergüenza!

Waxmor respingó. Luego, lentamente, giró en la silla.

Katz sonreía.

—Hola, chiflado —saludó.

Los ojos de Waxmor despidieron un centelleo de cólera.

—Sheimos llegó tarde, a lo que veo —dijo.

—Sí.

—Cuando uno se encuentra en mis circunstancias, no se puede permitir el lujo del sadismo —admitió Waxmor tranquilamente—, Pero no quería causar a esta chica un shock y...

—Sentimental —se burló Katz.

Waxmor se encogió de hombros.

—De todas formas da lo mismo —dijo—. Ya es tarde.

—¿Para qué, si puede saberse, profesor?

—Taxur fue arrancado de su órbita hace tiempo. Ya no hay forma humana de separarlo de su nueva trayectoria.

—Lo cual significa que en Stallion se han negado a sus pretensiones.

—Lamentablemente para ellos, así es.

—Profesor, la catástrofe, si se produce, tardará todavía muchos años. ¿Qué hará mientras tanto, aguardar en este templo? ¿Y después, podrá ser presidente de una galaxia incendiada?

Waxmor se cruzó de brazos.

—El futuro ya no me importa —respondió.

«Este hombre está definitivamente loco», pensó Katz. Pero, a pesar de todo, Waxmor no podía condenarse a sí mismo. Sin duda debía de tener una solución para salvar su propia vida.

—Acaso Ow-Taxur se salve de la destrucción, precisamente por sus características —adivinó.

Las facciones de Waxmor se contrajeron repentinamente. Katz supo así que sus palabras habían sido un dardo lanzado al azar y llegado a la diana.

—De modo que es eso —sonrió—. Cuando no se puede reinar en una galaxia, bien vale la pena contentarse con un solo planeta, ¿eh?

—Alban, usted me ha causado grandes trastornos —dijo Waxmor, hablando con ciertas dificultades—. No voy a tener otro remedio que matarle.

—Profesor, mire lo que tengo en la mano —contestó el joven.

—Temo que no se ha dado cuenta de que me protege una mampara de vidrio absolutamente transparente y que no emite el menor reflejo. Esa mampara no podría resistir un proyectil de dieciséis

milímetros, pero sí una descarga desintegrante.

—Se desintegraría al primer disparo...

—Y yo tendría tiempo de disparar entonces contra usted.

Waxmor sacó de pronto otra pistola igual a la que empuñaba Katz.

—Estamos iguales —rió—. El primero que dispare perderá la partida.

* * *

Sobrevino un momento de silencio. Katz comprendía muy bien las razones del profesor. Una pistola desintegrante no podía ser disparada por segunda vez con tanta rapidez como una ordinaria. Era preciso dejar un espacio de un segundo entre disparo y disipara. Y el que primero apretara el gatillo, moriría. De súbito, Lys abrió los ojos y lanzó un agudo grito:

—¡Alban, ya lo sé! ¡Lo he recordado! ¡Ya recuerdo la frase clave!

Waxmor lanzó una horrorosa maldición. Al mismo tiempo, Katz se inclinó y, asiendo el casco de redes metálicas con la mano izquierda, lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Se oyó un tremendo estallido. Las numerosas capas de red metálica conferían al casco un grosor y peso considerables.

El cristal saltó por los aires. Katz se agachó al mismo tiempo que Waxmor disparaba su pistola.

La descarga pasó a unos centímetros de sus espaldas. Pero el joven no tuvo necesidad de disparar.

Una astilla de vidrio, larga de cuarenta centímetros y aguzada como un puñal, cayó de lo alto sobre el cuello de Waxmor, de cuya boca brotó un horripilante alarido.

El científico se desplomó al suelo. La astilla de vidrio, cayendo en el hueco entre el cuello y el hombro, había penetrado más de veinte centímetros. Las piernas de Waxmor se agitaron epilépticamente durante unos segundos, antes de adquirir una total inmovilidad.

Entonces, Katz, sumamente aliviado, dejó la pistola a un lado y se dispuso a soltar a Lys.

Ella le miró con asombro.

—Pero ¿estás aquí? —exclamó.

Katz lanzó una alegre carcajada.

—Luego te contaré cómo pude escapar —dijo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien. Algo aturdida...

—Apuesto que al despertar, creías hallarte todavía a bordo de la nave.

—Sí, es cierto. ¿Dónde está Waxmor?

—No te preocupes por él, guapa. Creo recordar que has dicho algo sobre una clave, ¿verdad?

—Sí. Es una frase... «Lanza la piedra a la charca cuando esté helada.»

Katz frunció el ceño.

—Eso no parece tener sentido —dijo.

—Claro que lo tiene. Si la charca está helada, la piedra no romperá el hielo.

—Todo depende del tamaño...

—Alban, ¿dónde estamos ahora? En un lugar donde las temperaturas por la noche, llegan a los cuarenta grados negativos o más, ¿verdad? Entonces, ésta es la charca y desde aquí debemos lanzar la piedra.

El joven no salía de su perplejidad. De pronto, Lys empezó a mirar a su alrededor. Un momento después, corrió hacia una mesa, sobre la que había una caja que Katz conocía muy bien.

El índice de Lys se apoyó sobre uno de los botones que se veían en la superficie.

—Ya está —dijo—. Ya he tirado la piedra.

-¿Y...?

—En la superficie de Taxur, dentro de unos segundos, explotará un proyectil, cuyo componente principal es la ultraplombita. Ello iniciará la disgregación del planeta, que acabará convirtiéndose en polvo cósmico. En la superficie de la charca helada, habrá unas vibraciones mínimas, pero no ondulaciones, como sucedería si no hubiese hielo. ¿Lo comprendes ahora?

—De modo que todo eso es lo que recuerdas...

—Sí, porque Waxmor me sometió a un tratamiento completo de memorización de cuanto yo sabía, tras haber desbloqueado mi mente, para luego, como se hace con una cinta magnetofónica, borrarla de un modo absoluto.

—Lo cual, según parece, es lo que yo he conseguido evitar.

—Muy a tiempo, querido.

Katz lanzó una mirada de reojo al ensangrentado cadáver de Waxmor.

—Ese megalómano —murmuró—. Para estar más seguro, había dejado la piedra a su hermano Toudos, es decir, la emisora que debía enviar la señal activadora de la explosión.

—Sí, en efecto.

Katz atrajo a la joven hacia sí.

—Lys, vas a ser mi mujer —sonrió.

—Creo que no puedo negarme —suspiró ella—. Es decir, si no tienes ciertos motivos especiales que alegaste en una ocasión, aunque

sin mencionarlos…

El joven se echó a reír.

—Oh, quería significar que no me hacía mucha gracia casarme con una mujer llena de sabiduría…

—¿Acaso la prefieres medio tonta, como Shaida?

—Te prefiero a ti, tal como eres. Y, a propósito, ¿dónde está mi nave?

—Al otro lado de la montaña. Hay un ascensor…

—Basta, no sigas. Ahora tenemos que soltar a unos cuantos sujetos y decirles que no vuelvan a las andadas. Después, emprenderemos el regreso. Si te parece, podemos casarnos en Viggx.

—Sí, sería magnífico, querido.

Katz fue a besar a su futura, pero, de pronto, Lys emitió un grito:

—¡Alban, mira!

La mano de la joven señalaba hacia la pantalla grande, en la que se podía contemplar un extraño fenómeno.

Los contornos de Taxur empezaban a hacerse borrosos, difuminados. Enormes nubes de polvo flotaban ya lentamente en torno al planeta.

—Antes de una hora, habrá desaparecido del firmamento —dijo ella.

—No estaría habitado, supongo —exclamó Katz, alarmado.

—No. Ni un hombre tan desalmado como Waxmor sería capaz de hacer una cosa semejante.

—Bueno, bueno, sabiendo que se disponía a quemar toda una galaxia, esa afirmación es demasiado optimista…

—Pero, Alban, él no podía condenar a muerte a millones de seres. Nadie le hubiera aceptado después como presidente, ¿comprendes?

—Si, tal vez tengas razón. De todos modos, poco nos importa ya.

El suelo vibró ligeramente.

—Son las primeras repercusiones en la gravedad de Ow-Taxur, que se queda sin su gemelo —explicó Lys—. Pero no pasará de unas leves sacudidas, que durarán un par de días, a lo sumo.

—Para entonces, tú y yo estaremos ya muy lejos de aquí —Katz mordió la oreja de la joven—. En órbita hacia una ceremonia nupcial… y seis hijos —concluyó.

—¡Seis! —suspiró ella.

—Si te parecen pocos…

—Los que vengan, querido —rió Lys, inmensamente feliz.

F I N